



**Maneja la hostia bendita
igual que la [dinamita.**

Canalejas y Mefistófeles

Diálogo interesante

—¿Qué me traes, amigo Mefistófeles?

—La bendición pontificia, el nombramiento de camarero secreto de Su Santidad y la patente de cofrade de la Cartuja, de la Orden franciscana, de congregante de San Luis... y un frasco de agua de San Ignacio que castra las hemorroides.

—El diablo, tu Señor, te lo pague. ¿Y qué cuentan de mí en los infiernos?

—No quieras saberlo. Dicen que el discípulo aventaja al maestro, pero que vas á desacreditar tu fama de Maquiavelo con eso de la ley del *candado*...

—Sois injustos; es una obra realmente mefistofélica.

—Una obra ridícula, dirás... Hasta ahora tu candado sirve para llenar de frailes y monjas los rincones de España. ¿De qué te sirve el *candado*?

—Sois unos memos. El candado, ¿sirve para cerrar la puerta?...

—Pero Grullo suele decírnoslo.

—Y una puerta cerrada, ¿para qué sirve?

—Para que nadie entre...

—¡Memos!... Para que nadie entre y para que nadie salga...

—No te entiendo.

—Sencillo: cuando estén en España todos los frailes del globo... echo el candado... y de España no sale un fraile... hasta que no estén enfrailados todos los españoles... He aquí mi juego... Y además, el candado ese me lo dan hecho las otras naciones; ellas dejan salir el fraile y no le dejan entrar; yo les dejo entrar y no les dejo salir... ¡El candado!

—Chócala, compadre; voy á contárselo á Pío Diez para que te otorgue la cruz *pro ecclesia et pontifice*.

Una campaña de nueces sin ruido

Sería lástima que Pey Ordeix no tuviese un mal cronista para su excursión *motinesca* que, si no mienten las señales del cielo, va á abrir hondo surco en la conciencia popular.

Y aunque el infrascripto, por ser su más íntimo amigo, estoy amenazado de no lograr la imparcialidad necesaria, con todo pueden los lectores de EL MOTIN estar seguros de que cuanto diga será menos parcial y menos artificioso que lo que acostumbra ciertos cronistas de campañas parecidas.

Y si me excediere algo en el elogio, vaya lo que esté de más por lo de menos que dirán otros y por las censuras que le darán los rabietos clericales de las derechas y de las izquierdas.

Tócame hoy hablar de su expedición á Villanueva y Geltrú.

El origen de esta conferencia, cuyo extracto va aparte, fué una conversación

con Regino Saenz, que va á dar conferencias anticlericales con su sotana y manto, como todo un hombre.

—Bien, bien —decíale Pey Ordeix, paseando en el Parque.—Pero yo veo que en Barcelona están una porción de sacerdotes víctimas, el que menos tan hábil como el más pintiparado canónigo, y sin embargo, frailes y obispos campan por sus respetos como si tales víctimas no existiesen...

—¡Qué le vamos á hacer!...—decía Sáenz resignado á tan grande fatalidad...

—¡Qué hacer!... ¡Qué hacer!... Pues, eso; impedirlo... impidiéndolo. Por ejemplo. El sábado va el obispo á Mataró. ¿Por qué no ir uno de ustedes, en el mismo tren que el obispo, invitando al pueblo líeral á salir á la estación donde se encuentren cara á cara víctimas y verdugos, y los pueblos sean testigos de este encuentro?

¡.....!

Y como el movimiento se demuestra andando, mi íntimo amigo decidió dar ejemplo y muestra el domingo, en que el lindo prelado barcelonés tenía anunciada su visita á Villanueva y Geltrú, no habiendo podido estar en Mataró el día oportuno.

Pero los domingos los locales de Villanueva están ocupados; el hermoso y espacioso Teatro del Bosque quedaba disponible sólo el viernes siguiente.

A las siete de la tarde sorprendió á las gentes de allá la llegada del orador.

—Vengo á dar una conferencia.

—¿Cuándo?

—Esta noche, á las nueve...

—¿En dónde, si no tenemos local?

—En cualquiera sitio, en un café, en una cuadra, al aire libre, donde quiera...

Al poco rato muchos amigos estaban á su disposición. El celoso presidente del Centro Federal gestionaba la concesión del Teatro del Bosque; el gentil alcalde disparaba el pregón; se enviaban recados á las fábricas...

Y á las nueve en punto, el vicepresidente del comité, Antonio Pijoan, hacía la presentación del orador al público que llenaba el teatro de bote en bote, entusiastas y ansiosos los hombres, embabecadas las mujeres, y encantadores los chicueños.

Es difícil expresar el efecto que producía aquel público con su profundo silencio, con sus anhelos de comprender y de no perder una sola de las ideas azares difíciles á pesar de la habilidad del orador en explicar con ejemplos y símiles vulgares los pasajes más oscuros. Era sorprendente ver á los oyentes irse saturando de verdad, expresando con sus miradas y ligeras contracciones, las emociones que iba experimentando en aquella excursión á través de las selvas de la Ética, hasta aquí cerradas al pueblo sencillo.

No hay que hablar de los aplausos que daban á la terminación de los argumentos: más que el aplauso del palmeteo se oía allí el aplauso de las conciencias, que se alegraban de ir descu-

briendo verdades hasta entonces no vistas, quedando, al terminar, con el dulce sabor de boca y con la apacible alegría de haber aprendido algo nuevo y algo muy hondo é interesante.

Porque esto dice mi colaborador:

«Hay que dar ciencia al pueblo, sobre todo ciencia moral; ciencia asequible á sus alcances, desnuda de tecnicismos del argot académico... El pueblo tiene hambre de saber y tiene inteligencia para comprenderlo todo, si no se le habla en griego...»

Al día siguiente, los que no tuvieron noticia oportuna de la conferencia, se daban por ofendidos de no haberlo sabido á tiempo. El entusiasmo que dejó es preparación excelente para otra nueva más solemne.

Valga por lo que valiere, debo anotar que esta oratoria es sencillísima, desprovista de galas, con la elocuencia de la convicción profunda y con el ornato de la sinceridad y del deseo de llevar la convicción al alma del oyente.

De este trabajo oratorio podrán los lectores formar idea sabiendo que ha dado conferencias en el Palacio de Bellas Artes, con ocasión del Congreso Librepensador; en Canet de Mar, Mataró, Villanueva, Ateneo Enciclopédico, Casa del Pueblo, Sarriá, San Gervasio y Olesa de Montserrat, cuyos apuntes me ha prometido para nuestro simpático Motin y que iré enviando á medida que los repase y confronte el autor.

¡Qué pueblos!, dice admirado al terminar cada conferencia. ¡Qué pueblos más hambrientos de aprender, y cuán faltos de apóstoles que les traigan la buena nueva!...

Y todos se encantan unos á otros: el orador al auditorio y los auditorios al orador.

Y yo estoy encantado de esta excursión de que me haré cronista, si es de agrado de los lectores.

¡El delirio, amigos!...

R. MAYOL

Cuando yo esté en la agonía
siéntate á mi cabecera,
y si se arrima algún cura
échalo al instante fuera.

Un consejo á los jóvenes

¡Jóvenes: trabajad! Yo he tenido comienzos duros, he conocido la miseria y la desesperación; más tarde he vivido en la lucha; aún estoy en ella, discutido, repudiado, lleno de ultrajes. ¡Pues bien! Yo no tuve más que una fe, más que una fuerza: el trabajo. Lo que me ha sostenido fué la enorme fatiga que me impuse á mi mismo... El trabajo de que os hablo es el trabajo metódico, la obligación cotidiana, el deber que nos prometemos de hacer adelantar nuestra obra un paso cada día.

¡Cuántas veces, en las mañanas, me senté á la mesa escritorio con la mente extraviada, con la amargura en la gar-

ganta, torturado por algún dolor físico ó moral! Y cada vez, á pesar de la rebelión de mi infortunio, después de los primeros minutos de angustia, mi deber me sirvió de alivio y de confortación. Siempre me he consolado con mi cotidiano deber, con el corazón acaso despedazado, pero erguido siempre y pujante de vida hasta el día siguiente.

El trabajo, jóvenes... ¡pero pensad que es la única ley del mundo, la regla que conduce la materia organizada de su ignoto destino! La vida no tiene otro sentido, no tiene otra razón de ser. Cada cual aparece para entregar la mayor cantidad de trabajo y desaparecer... Es por esto que yo estoy convencido de que la única fe que puede salvarnos es aquella que se funda en la eficacia del esfuerzo cumplido. Sin duda, es bello soñar en la eternidad. Pero al hombre honesto le basta pasar cumpliendo su misión.

EMILIO ZOLA

Si oyes doblar las campanas
no preguntes quién ha muerto;
mas tápate los oídos
y echa á correr al momento.

Inglés guasón

El presidente del grupo "The Great Mystery, de Gibraltar" ofrece 25.000 pesetas al que pruebe, á satisfacción, la virginidad de las cinco monjas de Lisboa, cuyo embarazo se ha telegrafiado á la prensa europea.

También ofrece igual cantidad al que demuestre que sea calumnia el que los jesuitas arrojaron bombas de dinamita en Portugal.

¡Qué cuco es ese inglés! Ofrece á sabiendas de que no ha de tener que cumplir.

¡Cualquiera se propasa á desmentir lo segundo ni á demostrar lo primero!

Y eso que las gentes católicas están acostumbradas á demostrar que tres es uno, y uno es tres, y que las vírgenes paren sin detrimento de su pureza.

Como corderito manso
m'as de venir á buscar,
como el agua busca ar río
y er cura busca er metá.

Crueldad injustificada

Leo que el cura de San Pedro, de Alcañá de Henares, arrojó del templo á una señorita, por estar, ó creer él que estaba, como las cinco monjas de Lisboa.

Ignoro si ese abad es soltero ó casado, quiero decir, si tiene ama ó no.

En caso de utilizarla, creo que ha obrado con cierta ligereza, á menos de no tener la seguridad, por la experiencia adquirida, de que ninguno de su oficio podrá echarla nunca de un tem-

plo, tomando pretexto de su interino abultamiento abdominal.

Pero, si no está muy seguro de que no le ocurra ese caso, ha debido recordar aquello de San Mateo: "No juzguéis á los demás, si queréis no ser juzgados", y tener caridad con la infeliz joven aquella.

¡Parecen tan bien en un ministro del Señor la tolerancia, la bondad y el perdón!

Los emigrantes

Acosado por todas
las miserias humanas,
con una maldición entre los dientes,
el labriego español huye de España.

Ave despavorida
que arrojan de su nido
el enrarecimiento del ambiente
y el implacable látigo del Fisco,

tiende, azorada, el vuelo
en busca de otras tierras,
donde al vigor de unos fornidos brazos
la Ley tribute humanitaria ofrenda.

¡Desbandada de gentes,
escape de energías,
dispersión de robustos pobladores
que nuestra débil Patria necesita!

¡Seguid, seguid huyendo
en inmensas bandadas,
á fecundar riquezas extranjeras
y á pregonar la postración de España!

¡Decid á voz en grito,
que una miseria horrible
os arroja de un pueblo, donde sólo
la maldad triunfa, la codicia vive

¡Decid que nuestro suelo
tiene hambre de cultivo,
y se os quiere obligar á cultivar!
siempre, con el estómago vacío!

¡Decid que la riqueza
de España, la disfrutan
políticos venales, gente estéril,
la dorada canalla que os despluma!

¡Pregonad sus vergüenzas,
pregonad sus infamias!
Los efectos de tales expansiones,
no es al pueblo español á quien alcanzan.

Llegan á otras alturas.
Y, tened muy en cuenta
¡que el ladrón es un ser encanallado
que no tiene ni Patria ni bandera!

EMILIO NAVARRO

Barcelona.

Barcelonesas

Un trisagio en San Jaime

(23 Octubre 1910)

Un amigo en la Rambla:
—Querría hablar un rato con usted...
Pero... ya ve... la novia va ahí... ¿Le molestaría acompañarme?...

—¿Adónde va?—le dije.
—A seguir las... La mamá no me puede ver ni en pintura...

—Andando.

Piano, piano, las dos buenas suegras, que van dos con cuatro pimpollos repimpollados, tomaron por la calle de Fernando y ¡tate!, se meten en San Jaime. El amigo me miró como preguntando si me era indigesto el sitio:

—Vamos, hombre... De ahí salen los artículos para EL MOTIN...

**

Está visto que las suegras llevan á la iglesia á sus chicas como para darles una ducha contra el amor, en lo cual he visto que andan un tanto erradas, según vamos á ver.

La iglesia de San Jaime y la de Belén vienen á ser en Barcelona lo que las de San Luis y San José en Madrid: refugio de todos los pecadores aburridos. La última vez que había estado en ella fué en situación parecida á la de mi acompañado, un domingo á la misa de doce, á la que concurre la elegancia dominiguera. No puedo menos de recordar el chocante efecto que me hizo ver entrar al Sr. Lasar te, arrojándose con la devoción del caso, asomándose en el bolsillo de la chaqueta un ejemplar de *E Diluvio*.

Esta noche la iglesia estaba oscura; celebrábase la función en una capilla lateral izquierda, junto al presbiterio.

El retablo hecho un ascua de oro, abrigado por numerosas velas que alumbraban la imagen de un sujeto vestido á la nazarena, con holgado manto de terciopelo morado, flameado por ricas cenefas y bordados de oro al realce. A los pies de la peana estaban puestas unas tablas recubiertas de tapiz semejante á un alcanduz, objeto cuyo uso no supe explicarme, como no sea para que jueguen al Tobogan los santos y angefitos de la capilla. Mucho menos me expliqué la mala cara y la quejumbrosa expresión de la imagen.

—¿Qué más quieres—le decía.—Tienes oro, brillo, luz, incienso, música... ¿á qué viene tal gesto? Cuántos hijos de mujer querrían llorar con tus ojos...

Pero era de aquellos de quienes la Escritura dice: «dioses de palo, con oídos que no oyen, con pies que no andan...»; y tanto caso hacía de mis increpaciones como de las oraciones de los devotos.

Cantaban el Trisagio tres monaguillos sopranos y un bajo aceptable, acompañados al órgano. Los cantos, se entendían bien claro que no salían del corazón ni del pecho, sino del estómago; el órgano sonaba como por fuerza y las voces no iban mejor.

El canto era cuatrilingüe: las avemarías en catalán, los versículos del Trisagio en castellano, las oraciones extremas en latín, y los *Kyries* en hebreo.

El público lo componían tres docenas de viejas que iban allí á recordar los tiempos pasados que no vuelven más, y á ensoñar el rejuvenecimiento de la vida futura, en que aparecerán sin arrugas, con dientes, sin legañas y sin babas, oyendo nuevamente los piropos de los hombres, salvo las que se llevará el diablo para freir en las calderas eternas sus pellejos duros y acecinados.

Las mamás sabido es que llevan arrastras las hijas que esperan ansiosas la entrada del pollo que las miró

en la calle y maldicen la tiranía de las mamás que fuerzan á las jóvenes á las prácticas de viejas, inundando de lúgubre negrura la alegría juvenil.

Cuatro viejos, dormitando por los bancos; algún curruca que pasa revista á las devotas como si buscara la que falta, y allá en el fondo de la capilla de enfrente un frailuco que por entre los dedos de la mano, devotamente aplicada á los ojos, flirtea á no sé quién.

—«Entre todas las mujeres... bendito es el fruto de vuestro vientre...» canta y repite el coro...

Como hacía tiempo que no había oído tales frases, me suenan á nuevas, y me choca que las proferan voces de niños sobre aquellas pollitas de diez á veinte años atadas á las faldas de las mamás.

Pero el rezo es tan mecánico y desustanciado el fervor, que ninguno de ellos se pregunta seguramente ¿cuál será el fruto del vientre de las mujeres?... Y por más que los monaguillos le dan y vuelven á darle al vientre y al fruto, no veo que ninguna se sonroje; sólo observo que unas bostezan, otras miran de hurtadillas y... ya veo...

A los diez minutos de estar allí, todas las mocitas han notado la presencia del novio y el cortejo de miradas que se trae con la su correspondiente.

Y á fe que son picarillas estas mozas y que saben pegársela á la misma Santa Madre Iglesia, pues utilizan las frases fervorosas de los rezos para hacer una porción de monadas con sus caritas de ángel, repartiéndolas entre los asistentes que desde su lugar pueden cosechar abundantes gracias de las agraciadas hijas de Eva.

¡Qué caídas de ojos! ¡Qué de ojos en blanco! ¡Qué de posturas anhelantes! ¡Qué de expresiones de fina mímica y de refinada picardía!

Ya no soy sólo yo el que aguanta la capa: me ayudan los santos, las mamás y los propios curas directores del santo ejercicio.

..

—De las tentaciones de la carne—reza el cura en el púlpito, en tanto que la novia de mi amigo le dispara una mirada centelleante, dardo apasionado, transmitido por un estremecimiento de todo el sér femenino.

—Libranos, Señor,—murmura maquinalmente el público y con él la chiquilla, que no se ha enterado de la plegaria.

¡Esto se va...! Esto se está acabando. Cualquiera cinematógrafo de la ciudad tiene más concurrentes, más vistosos y más animados que la iglesia de San Jaime, la que diez años atrás á tales horas rebosaba gente.

Disminuye la juventud y queda asilo de viejas y de viejos fantasmones.

Huyeron los hombres que no gustan de darse ahí las citas, como si lo tuviesen á mal agüero.

Huye el alma de los ministros; las ceremonias se verifican como trabajos forzados, sin espíritu, sin vida...

Esto se muere.

Así debió ir muriendo veinte siglos atrás el culto de los dioses paganos, cuando la juventud huía de sus simbolismos asosados, cuando los sacerdotes perdían la fe conservando sólo el oficio como base del sueldo y como llave del cepillo, y cuando acudían al templo so-

lamente las gentes viejas de cuerpo ó viejas de alma, acartonadas y cristalizadas en las creencias, incapaces de progresar en el camino de la verdad é impotentes para rectificarse.

El templo huele á vejez y á muerto. Por esto sus administradores andan afanados en recoger los tesoros y alhajas, realizar los créditos y cargar con la limosna, dejando los santos al pábulo de las llamas revolucionarias.

Así me explico el mal gesto del Nazareno y la utilidad del Tobogán, puestos para deslizarse y echar á correr.

Esto se acaba.

S. P. O.

Aunque pongas en tu caye
cañones de artillería,
no te libras de una *sablazo*
de cualquiera cofradía.

Misas á domicilio

Enrique Anstruy, obispo de Batignolles-y-Clichy, ha tenido una gran idea, cosa rara en un obispo.

He aquí su proyecto: los viejos, los paralíticos y los ciudadanos abrumados de ocupaciones que no pueden acudir á las iglesias, podrán asistir en sus casas al sacrificio divino. Cómodamente sentados escucharán maitines, vísperas, sermones.

Esto milagro se realizará por obra y gracia del *teófono*.

El buen obispo, que trabaja con afán en el perfeccionamiento del fonógrafo, decía anteayer á unos amigos suyos:

—Entrad en las catedrales. Un profundo desaliento se apoderará de vosotros al oír los cantos litúrgicos aullados por roncos sacerdotes. Su dicción y sus voces sonarían mal en una reunión de marineros. Los rezos monótonos son insufribles, y en vez de elevar el alma dan náuseas. El *teófono* no consignará esas cacofonías ridículas; será impresionado por artistas de órganos armoniosos y místicos. (Palabras textuales de monseñor.)

Un amigo le objetó: —¿No se opondrá Pío X á ese procedimiento?... ¡Es un Papa tan antimodernista!

—¡Ahí le duele!—exclamó monseñor. Lo peor es que el *teófono* suprime las recolectas para el entretenimiento del culto y para el dinero de San Pedro.

—Pues si no tiene dinero que ponga... El obispo no dejó concluir el refrán á su compinche:

—No hace falta; he pensado dar á las parroquias derechos de autor y de reproducción...

Esto último nos parece algo atrevido. ¡Conceder á los párrocos derechos de reproducción!

Ahora ya se reproducen bastante, ¡conque entonces!...

HERALDO DE MADRID

Yo m' arrimé á la paré
ar ve que venía un fraile
descarso de la Mersé.

El Espíritu de Justicia

El carácter «particular» de la siguiente hermosa carta, prohíbe dar el nom-

bre y señas del autor. Pero constituye un caso tan particular de justiciero y de sano criterio cívico, que sería crimen no publicarla para ejemplo de unos y estímulo de otros. Hea aquí:

Sr. D. Segismundo Pey Ordeix.

Muy señor mío y amigo: Cuando vi el nombre, para mí siempre querido y respetado, del malogrado D. Antonio Pérez de la Mata encabezando un artículo de EL MOTIN, sentí sorpresa y después temor; cruzó por mi mente sin poder evitarlo la idea de que por su carácter eclesiástico, pudiera alguien faltar al respeto que á los que le conocimos nos inspira su memoria, y me apresuré á buscar la firma del articulista; al ver que era suya desapareció aquel temor y quedó sólo curiosidad; luego he leído sus dos artículos y le felicito por la buena idea que ha tenido al dedicar un recuerdo á aquel sabio y por la justicia que le hace.

Este es el único objeto de mi carta, pero no quiero terminarla sin contestar la pregunta que seguramente se está usted formulando al leerla de: ¿quién será este individuo? Soy aquel juez municipal de... que por imponer una multa á ciertas monjas que faltaron á la ley enterrando á una compañera sin inscribir la defunción en el Registro Civil, se acarreó las iras del *Oco-mense* y fué injuriado y escarnecido por aquel periódico, hasta el punto de constituir delito las frases que se le dirigieron y dar lugar á que se formara una causa en que usted fué procesado y más tarde absuelto por el Jurado; con ese motivo nos hablamos una vez, mediaron recíprocas explicaciones, y le manifesté, como era cierto, que no le guardaba ningún rencor. Por estos datos creo que me recordará mejor que por el que podía haberle dado de ser mi nombre el que figuraba en la cabeza del periódico... cuando sostuvo Mata con usted la polémica á que aude en su artículo; y cito el hecho sólo para que se explique el interés que han despertado en mí los recuerdos que usted evoca de aquel señor, referentes á la época de su vida en que más íntimamente unido me hallaba con él, y el placer con que los he leído, así como sus justas apreciaciones.

Han trascurrido muchos años desde el hecho que nos colocó frente á frente, y aún lo recuerdo, no por su trascendencia, sino porque las frases del *Oco-mense* primero, y la resolución del Tribunal popular después, me causaron una amargura, una desilusión grande, al ver que el concepto que me había formado de la Justicia no era el general, ó se falseaba por causas que no debían empañar su brillo; amargura y desilusión que perduran, porque fueron las primeras de la ya hoy larga serie que en mi carrera he experimentado después.

De usted no sabía más que la evolución progresiva que me indicaban sus artículos en EL MOTIN, y la patente que de haber reivindicado de una manera definitiva su dignidad de hombre libre, le da su amistad con Nakens; pero como si conociera usted mi curiosidad de saber las causas que le impulsaron á emprender ese nuevo camino, y quisiera satisfacerla, ha empezado á publicar su sección reservada al clero y en ella he hallado lo que deseaba saber.

Lo hecho acredita á usted de hombre de corazón: seguir los impulsos del deber y no ceder al halago ni á la amenaza, constituye hoy una gran virtud que pocos ostentan, sobre todo si, como usted, para mantenerse en ella hay que perder el sustento seguro y comenzar la lucha por la vida en el campo contrario, hasta entonces hostil; usted ha tenido esa virtud digna de admiración y yo le tributo por ello mi felicitación, que no tiene otra importancia que la de ser franca y sincera.

Le ruego presente mis respetos á Nakens y usted cuente con la cordial amistad que le reitera su afino. s. s. F. T.

Lo vi por la serranía;
¡la gaita que aquel frailezo
afanaba y recogía!

Dos mirlos blancos

Los concejales de Eibar, Sres. Amuategui é Iriondo, fueron al Hospital de aquella población á ver si eran ciertas las denuncias que en el ayuntamiento se habían recibido respecto al proceder de las monjas con los enfermos, y comprobaron:

Que, en vez de dársela á los enfermos, vendían la leche á casas particulares.

Que comían muy mal los asilados, y en cacharros que apenas se limpiaban.

Que á veces tenían que aguardar una hora ó más para la cura, por hallarse las monjas en la capilla.

Que á una niña de cinco años, que alguna noche se orinaba en la cama, le colgaban al día siguiente del cuello un orinal pendiente de una cuerda, y á las horas de comer y cenar la encerraban en el retrete.

Que habiendo departamentos para todos, estaban mezclados en uno hombres con mujeres, niños con niñas, enfermos con sanos, sin apartar siquiera los típicos.

Y que se ejercía presión sobre todos, fueran ó no creyentes, para que asistieran á los actos religiosos.

Confieso y declaro, con la imparcialidad en mí legendaria, que en ese hospital viene á ocurrir, poco más ó menos, lo que en todos donde mangonean las monjas; pero que esos dos concejales están á cien codos de altura sobre los de otras poblaciones, republicanos inclusive.

Anda vete é mi vera,
que tiene muy mala sombra
la gente de ropa negra.

San Juan Bautista

Este santo, según mienten curas y frailes, fué precursor de Jesucristo, y lo mandó degollar Herodes á indicación de Herodiades; cuando esta señora consiguió tener la cabeza del santo, la ocultó temerosa de que fuera á reunirse con el cuerpo, y Juan resucitará.

El cuerpo y la cabeza de Juan fueron llevados á Sebasta, y Juliano el Apóstata los hizo quemar, mandando esparcir sus cenizas al viento.

Mas á pesar de que las cenizas fueron desparramadas, volvieron á juntarse, y

hoy se veneran cenizas del cuerpo de Juan, en Roma, Génova, Viena, en el Delfinado, Puyen Veldi, en Picardía, Amiens y Douai.

Y aunque el cuerpo fué quemado, y sus cenizas, como hemos dicho, esparcidas al viento, se conservan aún huesos de San Juan en las iglesias de San Juan de Maurienne, de Langeais y de San Martín de Tours, de Brescia, de San Felix de Nola. En San Dionisio existe una de sus paletas, otra en Longpout y otra en Leissies, de lo que se deduce que San Juan tuvo tres paletas.

En Abbeville se venera una pierna de San Juan, otra en San Juan de Nemours, y la otra en Chartres.

Sus dedos andan por ahí repartidos: entre varios, recordamos que existe uno en Milán, otro en Malta, otro en el Finisterre y otro en el Escorial, todos índices de la mano derecha, con el que bautizó á Jesús; existen también dos dedos en San Juan de las Tres Iglesias (Armenias).

En Nápoles hay un tarro lleno de la sangre de San Juan Bautista; en Venecia, una piedra manchada con la misma sangre.

Mas el principal milagro de este venerado santo, ha sido la multiplicación de sus cabezas, de las que tuvo un regular número.

La primera fué quemada con el resto del cuerpo en Sebasta; la segunda existía en Emesis; la tercera fué hallada el siglo quinto en esa misma ciudad; la cuarta en Camano, el año 850, y fué llevada á Constantinopla; la quinta la poseen los Maronistas del Líbano; la sexta se halla en Amiens; la séptima en San Juan de Angelis en la Saintonge; la octava en Roma; la novena fué vendida por Juan XIII á los Florentinos por la cantidad de 50.000 ducados; la décima existe en París; la undécima en Soissons la duodécima en Constantinopla, la 13.^a en el Escorial.

Un trozo de la cabeza está en Malta; una quijada en San Juan de Nemours; la parte superior del cráneo, junto con el hueso frontal, en Venecia, en San Juan de Maurienne, en Besançon y en Colonia; otra quijada en la iglesia de San Juan de Lion, en Torino, en Aosta y en Beuvais, esta última tiene además dos dientes. De éstos se conservan algunos en San Juan en Roma, en Nuremburgo y en San Dionisio (Francia).

Los sesos de San Juan se conservan en Tirino, pueblecito de la diócesis de Chartres y en Nogent le-Rotrou. Una oreja se halla en París y otra en Saint Flour.

Además se conservan las siguientes reliquias del Santo:

En los Certosinos de París existe una babucha de San Juan: fué robada, pero en seguida se halló otra. En Aix-la-Chapelle la alfombra sobre la cual fué degollado. En Aviñón el sable que sirvió para cortar el cuello, y también su traje de piel de camello. En Genova la bandeja de bronce en que se colocó la cabeza del santo, para ser presentada á Salomé. En Roma la piedra sobre la cual se le degolló. En Tierra Santa se visita la gruta donde se refugiaba y se muestra una piedra larga donde dormía. Y en San Juan del Dedo en Bretaña se conserva un dedo, muy milagroso, por lo cual se llama á la imagen aquella San Juan del Dedo.

Y á propósito de dedos:

Cuéntase que mientras quemaban en Sebasta el cuerpo de San Juan, comenzó á llover y el agua apagó el fuego, salvándose así un dedo, que fué enviado á Felipe el Justo, patriarca de Jerusalén. Tecla, virgen de Normandía, lo compró.

En 1437, un joven de la aldea de Plougasnon, mientras adoraba el dedo tuvo el ardiente deseo de poseerlo: el dedo, por sí sólo, se fué á la mano del joven, y le empujó hacia su país natal.

Al cruzar una aldea, las campanas tocaron solas. El joven fué tomado por brujo y reducido á prisión. Al día siguiente el dedo lo libertó y pudo llegar á su pueblo.

El dedo fué colocado sobre el altar mayor; los cirios se encendieron solos; todas las campanas tocaron por sí mismas, y los habitantes se prosternaron adorando el dedo.

La reina Ana enfermó de un ojo. El dedo la tocó y la curó, no sin haber antes hecho añicos la litera en que lo llevaban, por no parecerle digno de él. En 1489, Enrique VII envió el dedo contra Carlos VIII; pero él volvió atrás y se quedó en su iglesia hasta la época de la revolución francesa. Y desde 1779 no ha vuelto á hacer más milagros.

Yo no sé lo que me pasa,
morena, siempre que veo
que entra el párroco en tu casa.

CIEMPOZUELOS

El convento del crimen

—Decid, neo, ¿cómo os llamáis?

—Lamamie de Clairac, para servir al Papa, á los jesuitas, á Maura, al Corazón de Jesús y, si me queda tiempo, á Dios.

—Lama... ¿cómo?

—Lamamie.

—Lamami... lamamie, ¿con qué se comerá eso? Mal suena en oídos castellanos. ¿Sois cristiano?

—Soy integrista.

—¿Qué quiere decir integrista?

—Hombre que no tiene el cerebro para pensar, pues piensan por él los buenos padres.

—¿Y qué bienes os vienen con esa gracia?

—No vivir más que para procurar la vuelta de la Inquisición, para defensa del catolicismo.

—¿Usted es campeón suyo?

—Lo soy de la Iglesia, y principalmente de las Ordenes religiosas, lo más santo, lo más inmaculado, angelical y divino que puso Dios en la tierra; daría por ello la sangre de media España, el dinero de todo el mundo y mis buenos deseos.

—¡Magnífico! Y pues tal es su señoría, vamos á mostrarle desnudito lo que defiende. Los frailes de San Juan de Dios, que trajo aquí el italiano prófugo padre Menni, ¿están comprendidos en la taifa inmaculada esa? ¿Sí? ¿Por ellos también daría su mercé, y todo el partido integrista, lo que ha dicho ahora? Muy bien; abra las orejas cuanto pueda y oiga las primeras hazañas que de esos frailes van á salir á luz, para edificación universal, y á fin de que un día se les dé su merecido.

Quede antes consignado que, en vista de una denuncia por malos tratos, crueles, con los locos, esos frailes, por boca del superior, hermano Ayucar, ¡buen peinel, han dicho que es imposible que ellos cometieran tales enormidades, porque se las prohíbe su regla. ¿Recuerda su mercé de Clairac la lógica?

—Así, así; allá nos andamos yo y Senante, que la estudió, sin llegar a aprenderla, en un seminario; ¿por qué esa pregunta?

—Nada, porque la buena lógica dice que ni Dios, en el Decálogo, ni nadie en ley ó disposición alguna, prohíbe lo que es imposible hacer. De otro modo: lo imposible no se puede mandar ni prohibir; y esos frailes, vuelta la tortilla, dicen: lo que está prohibido no es posible; ¡bonito dejan á Dios! Cabalmente, porque ya se habían dado mil casos de maltratar los frailes al loco, declara el superior la prohibición alegada; todas las leyes y preceptos humanos se hacen *á posteriori* del delito; ¿es así?

—Por mi parte lo concedo, si no se sigue perjuicio á los jesuitas.

—Ninguno, por desgracia, y siga usted oyendo:

La Orden de San Juan de Dios no se fundó para regir manicomios, ni ha obtenido permiso del Pontífice para variar así la regla, porque los locos producen más que los leprosos.

—Es que los trinitarios fueron fundados para redimir cautivos, y no hacer tal cosa; los jesuitas, para ayudar á los párrocos en su ministerio, y ahora les ayudan á... morir de hambre por liberales.

—Que me place; pero hay aquí un punto negro.

—Venga, por la Virgen.

..

Una vez dedicados los frailes éstos á explotar manicomios, debían hacer los estudios necesarios para ser buenos alienistas; pero no los hacen, no estudian nada.

Antes, los frailes de esa Orden estudiaban Medicina, Cirugía y Farmacia, porque gobernaban hospitales. Cuatro matrículas gratuitas les concedía el Estado en la Facultad de Medicina; hoy, pues, debieran estudiar para alienistas: ni por pienso.

—Lo ignoraba.

—Escuche aún. Años hace, el doctor Letamendi le dijo á Menni, entonces provincial: «Puede usted designar los cuatro religiosos más aptos para estudiar Medicina y la especialidad alienista; si no le bastan cuatro, hablaré al ministro, que de buen grado concederá más matrículas gratuitas».—A esto respondió Menni enfáticamente: «Con franqueza, doctor; no me convienen frailes sabios; cuanto más ignorantes, mejor.

—¿Por qué eso, reverendo padre?

—Los sabios no se dejan manejar, tienen muchas pretensiones, y provistos de una carrera, como la de Medicina, se me irían al mundo en cuanto se creyeran mal tratados. Además, todo se ha de decir; curarían á muchos locos, lo cual no me conviene; el interés de la Orden está en que el demente que ingrese en un manicomio esté produciendo dinero lo que le reste de vida.

Este diálogo es rigurosamente histórico.

—Esos frailes están, como se ve, fue-

ra de la ley de su Orden y de la común del Estado.

—Pero tienen médicos seculares á su servicio.

—En Ciempozuelos, donde viven más de 500 locos, sólo hay ahora dos médicos; ninguno, en verdad, distinguido como alienista; ninguno que haya hecho estudios especialísimos en la materia. Así siempre. Ustedes los neos, que andan entre frailes, ¿han oído el nombre de algún alienista célebre que ejerciera en Ciempozuelos?

—No, en verdad.

—Pues á toda España le ocurre lo mismo. Cuando la Orden de San Juan de Dios regía hospitales, no utilizaba médicos seculares asalariados, eran médicos los frailes; ahora que explota manicomios, ningún fraile sabe lo que es la ciencia alienista, y para cumplir con la opinión se valen de gente puesta á sueldo; ¿es esto legal?

—¡Huuum!... No me gusta.

—Vea algunas consecuencias de esa incultura.

..

En 1902, siendo enfermero en Ciempozuelos fray Adolfo, ignorante como un tarugo, se atrevió á curar por sí mismo los ojos á un demente que los tenía irritados. Hermano, dele nitrato á ese hombre—le dijo otro fraile.—El Adolfo, desde el sitio donde esto oyó hasta la botica, olvidó el nombre químico; llega, pasa revista á los frascos, lee en uno *¡Acido nítrico!* (agua fuerte); éste es, se dice; lo coge, y... antes de media hora el enfermo estaba ciego; la equivocación hizo reír lo indecible á toda la comunidad, porque entre frailes de esa Orden el loco es menos que una bestia: es simplemente la materia explotable y á nadie inspira compasión.

En este mismo año, el hermano fray Cándido, otro animal, encargado, no obstante, del laboratorio de farmacia como auxiliar con *jus utendi et abutendi*, al confeccionar con aquellas manos, que parecían pies, una pócima, le estalló un frasco por no saber manejarlo, y produjo un destrozo regular; menos mal que no hubo grandes desgracias; pero pudo haberlas, como en otros casos, pues las torpezas de éstos son allí el *panem nostrum quotidianum*.

—Triste es todo eso; mas no veo en ello el crimen.

..

Paciencia, que ahora empieza la serie, y es larga. Crimen es, sin embargo, de los superiores ese régimen que confía el loco y sus medicinas á pedazos de bárbaros semejantes, y aunque á diario cometan atrocidades como las citadas, el sistema continúa. Pero eso á un lado, aunque tan grave, entremos de lleno en lo criminoso, que podríamos llamar positivo.

El sistema de curar la locura en Ciempozuelos consiste en el tormento. Iba todo fraile armado de un zurriago, ó de un palo, vergajo, etc. Pero á veces estos administrados faltaban y atormentaban poco. La Orden ha determinado proveer á cada religioso de un trozo de cable eléctrico grueso y forrado de cuero; ese no se vuelve contra el que lo usa, no se rompe y cada golpe hace un daño horrible.

Cuando el loco no conviene, se da orden de matarlo; antes de ese extremo

la paliza á discreción es lo corriente, y sobre eso las esposas, los grillos, el calabozo infecto, el hambre, la desnudez y turturas especialísimas muy refinadas, cuyo conocimiento hiela en las venas la sangre. Ordinariamente la comida del alienado es tan mala, que los perros la rechazan; se usa el tormento de la sed, el de la exposición al frío y al sol, que tantas vidas han costado, y otras crueldades.

Esto es hablar en general; los hechos particulares, los crímenes empezarán á desfilarse en la sesión siguiente, que ésta ya es un tanto prolija, y para preámbulo basta.

UN CLÉRIGO DE ESTA CORTE

No yores, que es tontería;
duro que se presta á un cura
no se recobra en la vía.

Perder el tiempo

Ha fallecido la joven Emilia Guerra, bárbaramente maltratada por las monjas del convento de la Trinidad en Sevilla.

Su familia ha ratificado la denuncia que presentó sobre los malos tratos de que fué víctima, y los que han sufrido otras jóvenes allí acogidas.

Ganas de perder el tiempo.

Habiendo convenido ya todos que en los conventos no se maltrata á nadie, ni se labora en beneficio de la reproducción de la especie, ni se fabrican bombas, ni se tiran sobre la multitud, ni se estropean niñas, ni se perforan niños, y en que todas las monjas que se escapan ó piden socorro son locas, y suicidas todos los frailes que aparecen muertos, es inútil cuanto se haga para convencerlos de que ocurre lo contrario.

Claro que los católicos definen la fe de este modo: creer lo que no se ve; pero esto sólo es aplicable á lo que pasa de tejas arriba; de tejas abajo la fe consiste en no creer nada absolutamente de lo que se ve, y menos de lo que se comprueba.

Anda vete, santurrona,
que tú no tienes la cara
de dormir de noche sola.

Carta de un rifeño

Yo, señor cronista, soy un rifeño auténtico y veráz que, mal avenido con las bárbaras costumbres de nuestra tribu de Frajana y sus adyacentes, reuní mis ahorros, hurté lo que pude, hice mi pacoñilla y me vine á España, á ver de cerca esa civilización que Europa quiere imponernos por la fuerza de las armas.

Comenzaba á convencerme de que nosotros también podemos tener ferrocarriles y automóviles, y que será admirable que los tengamos, aunque maldito lo que nos importa llegar de prisa á ninguna parte, porque hemos aprendido á vivir sin impacencias, y comenzaba, por tanto, á creer en la civiliza-

eión y ¡Alah me lo perdone!, á deseársela para mí y para mi pueblo.

Pero he aquí que se me ocurrió un domingo ir á ver una corrida de toros en la plaza de Vista Alegre, en Carabanchel, en las propias lindes de Madrid, en el cogollo de la civilización, como quien dice.

Creo yo que cuando los españoles entran Rif adentro y hagan de nuestro agreste territorio la segunda Argelia, llevarán con sus ferrocarriles, sus teléfonos y sus teléfonos los demás signos de civilización, y entre ellos, claro está, las corridas de toros, que son su fiesta nacional; y que habrá una plaza de toros en cada kabila, y andando el tiempo, saldrán á la arena toreros rifeños, como salieron mejicanos. ¿No sería, acaso, señal cierta de que íbamos civilizándonos el ver de pronto un Pepe-Hillo ó un «Machaquito» con jaique y albornoz? Y como esto es indudable, ya ve usted, señor cronista, cuánto me importaría el ver una corrida de toros de medio pelo, ya que de medio pelo serán las que allí se celebren.

Pero ¿no teme España que el Rif salvaje, el Rif por civilizar, rechace sus corridas de toros? Porque lo que yo vi en Carabanchel supera á todos los extremos de nuestra brutalidad nativa. Nosotros, en nuestras luchas, somos feroces, pero ferocemente humanos; robamos, saqueamos y asesinamos; hasta ahí llega nuestra crueldad; y yo, en nombre de mi patria calumniada, pido que se vea la historia de todos los pueblos y se me diga cuál de ellos es aquel donde no se roba, no se saquea ó no se asesina.

Cegados por el odio, impulsados por unas ú otras pasiones, armamos de vez en cuando una de tiros que tiembla el orbe, y luego viene la autoridad, que, como tal autoridad, es tan bárbara como nosotros, y corta un racimo de cabezas, las sala y las cuelga para escarmiento de pícaros; pero ¿es que aquí no se ahorca y se fusila también?

En cambio de eso, nosotros somos incapaces de ir á un circo sin odio, sin ira, á ver cómo un toro despanzurra á un hombre y cómo la sangre humana corre por nada y para nada.

Esas bestialidades son frutos de la civilización. Con ellas gozó Roma y con ellas goza España.

Ya ve usted que soy un rifeño de cultura. Y no se me venga con garabatos artísticas, porque el público que fué á aquella corrida, no fué á admirar filigranas de arte, sino á ver cogidas, á ver cómo unos cuantos hombres eran corneados y heridos. Los tres primeros toros hirieron á los tres matadores y el público se amotinó pidiendo que el espectáculo continuara.

Luego surgieron nuevos matadores. Uno de ellos fué corneado y herido. Y la gente vociferaba: ¡Más toreros! ¡Más toreros!, y así acabó la corrida. No quiso que quedara ningún toro por matar ni ningún toro por herir. El público se hartó de sangre humana.

Y yo, esto visto, á mi Frajana me vuelvo. Seré de aquí en adelante un salvaje por convencimiento, un bárbaro por fe y por convicción. Lo que haya de suceder, sucederá. Podréis civilizarnos y llevar vuestros ferrocarriles y vuestras plazas de toros. Lo que no conseguiréis es que seamos más bárbaros que vosotros. Alah os guarde. Y aquí un

garabato que debe ser la firma, y por ella con todo respeto,

EMILIO LUNA

Alginet.

Dise 'r mundo y es verdá,
que ya apenas va queando
una ilesia sin robá.

Niño maltratado

La escuela católica de San Vitoriano (Valencia), está regentada por un exseminarista llamado Francisco Moreno, carca alevoso.

Un niño de ocho años, llamado Miguel Roca, hijo de un guardia de Seguridad, no supo dar bien la lección una tarde, y se encontró con una de bofetones, que para cada fraile de España los quisiera yo. Después fué encerrado en un cuarto oscuro, destinado á aterrorizar á los niños con unas figuras horribles pintadas en la pared.

Al llegar aquella noche á cenar el padre del niño, preguntó por él, su esposa le dijo que no había ido y salió á buscarle dirigiéndose á la escuela.

Pronto supo la verdad.

Los vecinos de la calle de San Dionisio le dijeron que su hijo, asomado á una reja del edificio, pedía socorro, llorando de terror.

Quisieron entrar el guardia y los vecinos, no pudieron, y entonces corrió el padre al Juzgado de guardia á dar cuenta del hecho.

A las dos de la madrugada se presentó el juez en la escuela, teniendo necesidad de hacer astillas las puertas para sacar al niño.

Mientras tanto, centenares de vecinos y curiosos desde la calle, daban grandes gritos pretendiendo prender fuego al edificio, teniendo que hacer grandes esfuerzos la policía y guardia municipal para impedir que lo hicieran.

Veremos en lo que para eso, una vez en manos del juez.

La experiencia me impide abrigar esperanzas de que la verdad se ponga en claro y se castigue al culpable.

Hay pocas personas que declaren la verdad en asuntos donde intervienen gentes tachadas de religiosas.

Me voy por la caye arriba,
que veo subir á dos
hermanos de la Doctrina.

EL CURA Y EL FRAILE

I

ANTES DEL SERMÓN

Escena: Sacristía de parroquia de tercera clase. Ornamentos pobres, mucho humo de cigarrillos y poca limpieza.—Personajes: Un cura gordo que fuma un puro. Otro cura más gordo revestido de sobrepelliz. Dos monaguillos con cara sucia y sotanas cortas llenas de manchas. Una devota vestida con lujo chillón y de mal gusto. Un sacristán joven, alto, delgado, con grandes ojeras, tiene siempre la mano izquierda en el bolsillo del pantalón, debajo de la sotana. Muy nervioso.

La devota.—A ver cómo se porta, don Felipe. Ya sabe usted que hoy pago yo la novena. No se olvide usted de dedi-

car un recuerdo á mi difunto Narciso. ¡Cuánto se alegraría él de oírle! Algunas merendonas han hecho ustedes juntos... ¡Ay, no somos nadie!... ¡Tan bueno y tan robusto como estabal... En fin, no hablemos de esto por que me enternezgo... (Hace que se limpia una lágrima.) Sobre todo elogíe usted mucho á los padres franciscanos, porque como la novena es á San Antonio y yo los quiero tanto... Me ha dicho el P. Guardián que vendría á oírle el sermón... Ya sabe usted que tiene mucha mano con el señor obispo... ¿Habrán empezado ya la novena? (Al sacristán.) Nicasio, asómate á la iglesia á ver...

El cura gordo.—Diga usted, doña Manuela: ¿le quedó á usted más vino rancio de aquel que nos dió para las misas? Porque se nos acabó y estamos bebiendo veneno.

La devota.—Mañana les enviaré media arroba.

El predicador.—Usted siempre tan rumbosa. Esta D.^a Manuela había nacido para reina.

La devota.—Es que una tiene buen corazón... Yo no puedo ver una *nesecidad* sin remediarla.

El sacristán.—Va á empezar la novena... El P. Guardián de los franciscanos está en el coro...

La devota (con gran júbilo).—¿No le decía yo á usted?... Ea, me voy... Hasta luego; ya entraré á felicitarle y que se luzca usted, señor *predicador*... (Sale.)

El cura gordo.—Esta tía te la birlan los frailes, como á mí me birlaron á la viuda del coronel... ¡Y qué lujo lleva! Ya tuvo suerte de entrar á servir en casa de D. Narciso...

El predicador.—¡Y tener que elogiar á los frailes! ¡Así los parta un rayo!

El cura gordo.—¡Y tú que no lo hagas! Te arman un lío con el obispo que te hunden... Y ten cuidado con la Ruperta, tu ama, que ya la han visto ir al convento dos veces...

Los monaguillos.—Ya es la hora de salir.

El sacristán.—Vosotros delante... Cuando usted quiera, D. Felipe... (Salen.)

II

EN EL SERMÓN

Escena: Iglesia atiborrada de gente de poco pelo. Bancos y sillas llenos de fieles... Muchos cuchicheos... Viejas que dormitan... Por los rincones parejitas de jóvenes muy acaramelados... En el presbiterio curas y muchos seglares calvos... Don Felipe palmotea en el púlpito... La devota rica le mira extasiada... En el coro el P. Guardián aguza el oído.

El predicador.—...Y tiende, ¡oh santo bendito! una mirada de protección sobre la ilustre dama que hoy costea estos solemnes cultos, cuyo corazón derrama continuas lágrimas por la ausencia del amante esposo que desde el cielo la contempla... (D.^a Manuela se pasa el pañuelo por los ojos; todos la miran) y premia con largueza su generosidad con los desvalidos y con la Santa Iglesia, que se regocija viendo en ella una de sus hijas más preclaras... Y, sobre todo, no te olvides de tus venerables hermanos los ilustres hijos de San Francisco, que felizmente se han establecido en esta comarca para perfumar con el aroma de sus virtudes á esta católica ciudad y derramar por todas partes los deslumbradores destellos de

su inteligencia... Bendice de un modo especial á su dignísimo Guardián, vivo retrato del serafín de Asís, dechado de todas las virtudes, cuyas huellas debiéramos besar todos los que tenemos la dicha de tratarle, y haz que bajo su sabio gobierno prospere y crezca su convento para edificación y ejemplo de todos los buenos y confusión de los impíos, etc., etc... Y sean todas estas bendiciones precursoras de la gloria celestial que á todos os deseo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén »

El predicador baja del púlpito anegado en sudor y congestionado... Se perciben por todo el templo murmullos de aprobación, toses, sonar de narices, ruido de sillas... La devota rica es felicitada por muchas señoras... El P. Guardián sale del coro entre dos filas de músicos y cantores que le miran embozados... El órgano suelta con estrépito toda su trompetería...

III.

DESPUÉS DEL SERMÓN

Escena: La misma del cuadro I. Personajes, Los dichos y gran coro de beatas, cofrades y curas que van y vienen. Don Felipe moja bizcochos en una copa de Jerez.

La devota.—Me ha hecho usted pasar un rato delicioso que no olvidaré en mi vida. ¡Ay, y qué pico tiene usted! Le ha gustado mucho á todo el mundo el sermón... Cuente usted con el de las Maravillas; ya sabe usted que soy camarera de la Virgen y que los pagó bien...

El predicador.—Gracias, gracias... Usted siempre tan buena.

Varios curas y seglares.—¡Que sea enhorabuena... ¡Muy bien, don Felipe!... ¡Abriéguese, que está usted sudando!...

El P. Guardián.—(Entra con aire hipócrita; todos se levantan y le rodean sollozando. Doña Manuela le besa las manos, el cordón, el hábito y todo lo que puede... Don Felipe le hace una profunda reverencia... Gran expectación y silencio.) Vengo á darle á usted la gracias por las inmerecidas frases de elogio que ha dedicado usted á mi humilde persona, á mi Comunidad y á la gloriosa Orden á que pertenezco... Sacerdotes como usted son una honra para el Santuario y yo me encargo de que el prelado conozca su celo por la religión y, sobre todo, su amor á las Ordenes religiosas... Mi felicitación más cordial pues, y como gratitud mis humildes oraciones... Le bendeciré.

El predicador.—Me honra usted demasiado, reverendísimo padre... Dios le premiará tanto favor.

La devota (que se come al guardián con los ojos).—Mañana; padre iré á confesarme...

El Guardián (haciendo que no la mira).—Las aguas salutíferas de la penitencia esperan á todos los pecadores... (Sale con todo el aparato de la entrada.)

La sacristía se va quedando sola. Los fieles se van. Los monaguillos apagan las luces. El sacristán recoge chirimbolos sin sacar la mano izquierda del bolsillo del pantalón. Don Felipe apura la última copa de jerez y dice en su interior:

—¡Maldito fraile! ¡Así revientes, ladrón! Si supiera que ayer le birlé las misas de San Gregorio de la estanquera, no me llamaría honra del Santuario.

El P. Guardián, camino de su convento, murmuraba entre dientes:

—Si llega á saber que media hora antes del sermón estaba su Ruerta en mi celda, ¡cualquier día me llama retrato del serafín de Asís!...

FRAY GERONIMO

~ ~ ~ ~ ~
 Cuando voy a confesá
 voy por chungarme der cura;
 nunca digo la verdá.
 ~ ~ ~ ~ ~

Cura rabioso

Llegaron á poder del cura Mateos Romero, de Villa ueng del Rosario, unos números de EL MOTIN, que tenía encuadrados un ciudadano amigo de sanas lecturas, y diz que daba gusto verlo: bramaba, rebuznaba, gruñía, coceaba.

«¿Y estaría el hombre quemao, cuando se pegó un bocao, él mismo, en su propia frente?»
 En el paroxismo de la ira, las gentes de Iglesia realizan hasta lo imposible.

~ ~ ~ ~ ~
 Hijoito é mala mare;
 cuéigate de una sozuya
 antes que meterte á fraile.
 ~ ~ ~ ~ ~

Juan Villato o Requena y Rafaela Maestre se han casado civilmente en el pueblo de Espejo desvirtuando el acto grandes simpatías que hacen esperar nuevos matrimonios de esa índole.

¡Por ahí, por ahí!...

~ ~ ~ ~ ~
 Una nochesita é luna
 te víe con una jembra;
 te conosí en la tonsura.
 ~ ~ ~ ~ ~

Lo de Calatayud

Fueron á aquella ciudad unos jesuitas; en el púlpito y en conferencias insultaron procazmente á los elementos liberales y republicanos, tratándoles de gentuza y borrachos y de pérdidas á sus esposas.

Los insultados acudieron ante las autoridades para que se pusiera coto á tales desmanes, y el periódico *La Justicia* publicó varios artículos pidiendo mesura á los misioneros. Nadie hizo caso á tan atendibles peticiones.

No satisfechos con los sermones, organizaron el Rosario de la Aurora, que los elementos liberales consideraron como otra provocación.

Nuevamente *La Justicia* llamó la atención del alcalde y del gobernador, avisándoles del posible peligro de una alteración del orden público, evitada hasta entonces gracias á la prudencia de los jefes republicanos.

El viernes salió el Rosario á las siete de la tarde y en la puerta de la iglesia del Sepulcro se produjo una algarada.

En reunión celebrada en el Casino republicano se acordó que visitara al alcalde una Comisión, compuesta de tres tenientes de alcalde, para rogarle que reprimiese las demasías clericales, que habian llegado hasta perseguir por las calles á los repartidores de *La Jus-*

ticia y arrebatárles los números de las manos.

Ofreció el alcalde que los católicos observarían una actitud correcta y no pasaría el Rosario por el Casino republicano.

Pero á las tres de la tarde los socios se vieron sorprendidos por el Rosario. Estaban algunos en el balcón del Círculo y en la puerta del café Universal, que está enfrente, había algunos curiosos cubiertos.

Una beata los insultó y callaron. Un cura les ordenó descubrirse y abofeteó á uno; á otro, otro cura, que llevaba vela encendida, quiso quitarle la gorra. Entonces los socios del Casino protestaron desde los balcones, llamando la atención de las autoridades.

Los clericales amenazaron airadamente á los protestantes. Un carlista hizo un disparo, ocasionando sustos y carreras. Tres clericales apalearon á un republicano indefenso. En jesuita disparó al aire; se arremolinó la gente; se demayaron algunas señoras.

Trataron los clericales de asaltar el Casino, mas retrocedieron ante la decidida actitud de los republicanos.

Los procesionistas, oliéndose entonces que iba á haber palos, huyeron desprovistos, abandonando sobre el campo estandartes y faroles.

Fué conducido al hospital Melitón Salo, con tres heridas en la cabeza, producidas por palo. Hubo otros heridos de arma blanca.

La Junta del Casino cumplió su deber no abandonando su puesto, y visitó después á su correligionario, que había ingresado en una sala de pago del hospital.

Este es el fiel relato de los hechos. Pues bien; el hijo de Maura los ha tergiversado en el Congreso, aplaudiendo á los provocadores y felicitándose de ser diputado por un distrito de zulú semejantes.

Esto confirma la idea que tiene España entera, de que la vuelta de los conservadores envalentonaría más aún á las hordas clericales, y que debe oponerse á ella por todos los medios.

Tengámoslo todos muy presente, y al freir será el reir.

~ ~ ~ ~ ~
 Te lo he dicho varias veces;
 los males de amas de cura
 sanan á los nueve meses.
 ~ ~ ~ ~ ~

Creyente nuevo

Felicito á don Francisco Abad, secretario del Comité republicano de Nules, y librepensador, por su conversión al catolicismo, y deseo que saque todo el provecho que le haya ofrecido el jesuita Cubí.

De no sacarlo, más le habría valido permanecer fiel á sus convicciones.

Para ser aquello y no sacar náa, más vale ser mujer honraa.

DE TRES PESETAS, A UNA

«Cuadros de miseria», «Degradaciones y cobardías», «Cartas y dedicatorias», «Mi paso por la cárcel», «Humorismo anticlerical», «Puñado de ironías», todas por Nakens.

COSAS QUE HE DICHO

Hay unos hombres hacia los cuales siento tanta simpatía como respeto, y son los que, con menos de veinticinco años cuando cayó la República, muestran hoy en sus cabezas las huellas del tiempo, mientras su corazón guarda todos los entusiasmos y gallardías de aquel otro en que nacieron y á la vez murieron para la vida pública; hombres inteligentes y honrados que han asistido á la feria de conciencias y á la subasta de convicciones del último cuarto de siglo, ora indignándose, ora apartando con asco la mirada, sin sentir apetitos indignos, sacrificándose, y, lo que es más aún, sacrificando á los suyos, por no traicionar sus ideales; hombres que, al caer rendidos, en lugar de maldecir su consecuencia, sólo sienten no vivir más años para ser consecuentes algunos más...

Cada uno de esos deja al morir un hueco que no se llena, pues ningún joven acude á ocuparlo, y con ellos se van los últimos resplandores de esa luz que tanto brilló siempre en nuestros partidos extremos, la de la consecuencia, dejando á la vez sin significación práctica palabras tan hermosas como las de abnegación, desinterés, patriotismo...—1899.

«Las exigencias del país, dice un periódico conservador, obligan á que cada cual eche mano á su bolsillo.»

Cierto; para impedir que los conservadores metan en él las suyas.—1892

Hay que realizar un gran movimiento revolucionario; y no ya sólo para conquistar derechos y obtener pan, sino para algo más grande; descubrir hombres ó crearlos. La revolución de la virilidad; ésta es la que se impone.

Para llegar á ella, preciso es que los jóvenes obren de tal modo, que nadie pueda repetir en adelante:

«Si queda algo, muy poco en España, de virilidad, energía, abnegación y desinterés, hay que buscarlo entre los que tienen ya la cabeza blanca.»

Y esto deben realizarlo pronto, hasta por instinto de conservación; hasta para no morir de asco, la peor de las muertes.—1901.

Las elecciones, tal cual se practican en España, contribuyen al encanallamiento nacional en la proporción de un ochenta por ciento.

Desde que se anuncia una, entran en juego las palabras indignidad, soborno, chanchullo, atropello, engaño, cobardía, venta, deslealtad, traición, etc., y no dejan de oirse hasta mucho después de terminada.

Y de tal manera nos hemos habituado á ejecutar los actos que correspon-

den á esas palabras, que el hombre más caballero deja de serlo frente a las urnas. No hay amigo para amigo, ni correligionario para correligionario.

La lucha electoral es una moneda que, á sabiendas de que es falsa, todos la reciben y todos la dan; lo mismo monárquicos, que republicanos, que carlistas; igual los indignos que los honrados.

Los republicanos tenemos, además de esas, otra razón para abominar de la lucha electoral al uso, y es la de que casi todos los disgustos, disidencias y odios nos vienen por ellas.

Suprimidas, pensaríamos sólo en la otra.—1905.

Chapa ha declarado en un manifiesto que no se puede ser carlista sin ser católico.

Opino como él, salvo esta pequeña variante:

«No se puede ser católico, sin ser carlista.»—1896

¿Cómo debieron divertirse los frailes con nuestras tatarabuelas! Se conoce que las benditas señoras tenían tan mal gusto como ansias de macho.

¿Que en qué me fundo para ofenderlas tan brutalmente? En la teoría del salto atrás.

Aconsejo, por lo tanto, á ciertos republicanos y demócratas, que se rasquen con cuidado la cabeza, no haga el diablo que les reaparezca el cerquillo que usaron sus tatarabuelos, y que lleven ellos ocultos tras un ligero barniz del progreso.

Y pienso que lo llevan, al ver que siempre que hablan de la Iglesia emplean argumentos con tonsura.—1898.

No debe en política desdeñarse elemento alguno; cada fracción y cada hombre representa un valor positivo, Mas tampoco debe exagerarse la importancia de quienes tienen poca.

Esto los ensoberbece y les impide prestar á la causa aquellos pequeños servicios que pudieran hacer olvidar su escasa valía.—1902.

Mucho han celebrado los reaccionarios esta definición irónica que dió un magistrado inglés, acerca de las ideas de la escuela jacobina:

«Cada cual hará lo que quiera y lo que le parezca; y si no lo hace, se le obligará á ello.»

Yo acepto la definición en el sentido recto y la parodia así:

«Cada español será demócrata, ó no lo será, á su elección; pero al que no lo sea, se le obligará á serlo.»

Y ¡viva la libertad!—1891.

Es más despreciable que el monárquico el caciquismo republicano, porque es más pequeño y más egoísta.

El monárquico persigue á sus enemigos, los atropella, falsea la ley y prescin-

de de la justicia; pero ampara á los suyos, los defiende, les da pan y salva del presidio á los que por servirle se comprometen.

El republicano, en cambio, exige sacrificios á los suyos, mas por nadie los hace. Trabaja exclusivamente para él.

Cíes me un sólo caso que desmienta esta regla.—1905.

Desde el reinado de Carlos III no habían vuelto á entrar en Palacio los jesuitas. Hace pocos días han entrado.

Los republicanos, los demócratas y los liberales que tienen la culpa de que las cosas hayan llegado á este extremo, por cobardía los unos, y los otros por egoísmos ó por hipocresía, merecen mas vituperios que los mismos jesuitas.—1896.

Afirma un periódico carlista que aquí no hay ya mas Dios ni patria que la panza, y que la panza se ensancha con basura.

Al leer esto, recuerdo esas panzas enormes cubiertas de hábitos que se exhiben hoy en España.—1894.

Se ha descubierto en Madrid una asociación de ladrones que se dedica á imputar á las personas honradas delitos contra la moral.

Se acerca un femerino á un transeunte, y le pide lumbré para el cigarro.

Entonces aparece un inspector con un acólito, con su bastón y todo, y en formas algo duras acusa al incauto de cometer faltas contra la moral, y le conmina á seguirle hasta el Gobierno civil, en donde le impondrán como correctivo una multa de quinientas pesetas.

El víctima protesta al principio, suplica después, y, por último, logra ablandar al supuesto inspector y al agente entregándoles una regular propina, con lo cual queda libre.

Me alegro de que hayan ingresado en la cárcel esos ladrones, como me regocijaría que los siguieran cuantos tomasen la moral por pretexto para reazar reprobadas fechorías ú ocultar vicios infames.

Este hecho prueba una vez más que en nombre de la moral se cometen muchas acciones vituperables, y que no basta fingir que se veía por ella para dejar de ser un ladrón y un miserable, como esos que acaban de ser presos.—1894.

Valgan lo que valgan, desprecio á los jóvenes que, con inteligencia y arranques para luchar por los que sufren, se ponen de parte de los que gozan.

No comprendo en la juventud otra pasión que la del sacrificio. El que á los veinte años calcula como un tendero, merece... ser tendero.

El tiempo se encarga de ir apagando muchas lámparas maravillosas de Aladino; pero el joven que en la edad de los sueños generosos no enciende alguna,

es un miserable que, á disponer de dinero á la edad que entra en quintas, lo prestaría al 60 por 100.

Filosofías al alcance del primer acaparador de cereales que hubo en el mundo, han trastornado á una porción de muchachos con cerebro. El dinero, sin reparar en los medios para adquirirlo; he aquí el ideal de casi todos.

Algunos, á quienes conozco y trato, me consideran como un ser antidiluviano, porque sostengo que la vida del hombre superior debe consagrarse por completo á los que no se han emancipado del hambre ni de la barbarie. Los compadezco, por las hermosas sensaciones de que se privan.

Y no los llamo egoistas por esto, no: el verdadero egoista soy yo; quiero acaparar, y para no compartirlos con nadie, los múltiples goces que proporciona la labor diaria cuando se puede exclamar: «no he pensado en mí».—1895.

Vuelve de Cuba el bravo oficial, y nadie va á recibirle. Únicamente su familia se entera de que viene á la Península á curarse de tres heridas graves que en un combate recibió.

Encerrado en una habitación de tres metros en cuadro, pobremente amueblada, cuenta solitario los días y las horas, que se le hacen interminables porque su honor militar le ordena volver á la isla cuando vuelva á estar en condiciones de verter más sangre por su patria.

Y en tanto que este mártir de la religión del deber está abandonado de todos, los carruajes obstruyen la calle de Carretas, donde vive el torero Reverte, herido en la última corrida, y la prensa le dedica columnas enteras.

¿Qué es esto? Sencillamente degradación y rebajamiento.—1896.

Un inglés ha pagado por un caballo 150.000 duros.

Burros hay aquí que valdrían mucho más, si se les tasara por lo que cuestan.—1892

Tengo un amigo que ha dado en la más extraña manía que diera hombre alguno: la de no saludar á nadie que no juzgue indiscutiblemente honrado. Y, claro, la mayor parte de los días regresa á su casa sin haberse llevado ni una vez siquiera la mano al sombrero.

—¿Qué tal hoy? le pregunté ayer.

—Peor que nunca. Verdad es que estuve toda la mañana colocado á la puerta de una iglesia viendo entrar y salir la gente que iba á misa.—1888.

No está el mal en que se prodiguen sin ton ni son los adjetivos, alabando ó censurando; lo falso no prevalece, y las reputaciones adquiridas ó el descrédito alcanzado por ese medio jamás llegan á consolidarse. El mal está en que el individuo á quien endosan un calificativo que le agrada, se cree luego obligado á justificarlo por cualquier medio.

Como las mujeres que al verse alabadas por sus ojos, su boca, su garganta, su talle ó su pie, hacen converger todas las miradas hacia aquellos puntos sin temor al ridículo, y en ocasiones á expensas del decoro, así los hombres que se ven calificados de un modo que les agrada, lo sacrifican todo al afán de merecer la cualidad que se les atribuye.

Mucho cuidado, pues, con calificar de manera que les agrade á los políticos que empiezan, ya que nos reventaron tan á su sabor los antiguos por justificar los adjetivos que les aplicamos.—1899.

En el período revolucionario, hasta los mismos conservadores, gentes de anchas tragaderas, se escandalizaban por los secuestros de mala muerte que se realizaron en Andalucía. ¡Lo que se habló de la huerta del tío Martín!

Hoy cada convento, cada asilo, cada residencia de jesuitas es, no una huerta, una dehesa de secuestros, y todo el mundo lo encuentra muy natural.

Una diferencia existe entre aquellos tiempos y los presentes.

Entonces se fusilaba á los secuestradores...

Hoy se les protege y ampara. Indudablemente España no se civiliza.—1894.

Han sido procesados otros cuantos concejales en Madrid por no sé qué chanchullos relacionados con el ramo de limpiezas.

No sé cómo se arreglan ciertos concejales para resultar sucios hasta en los asuntos limpios.—1896

Me pide un amigo que proponga á liberales y republicanos lo siguiente:

No surtirse de nada en tiendas, almacenes ni fábricas de los clericales, como los clericales no se surten de nada en las de los liberales y republicanos.

Propuesto queda, mas no se llevará á la práctica. Del mismo modo que muchos de los nuestros, sin creer en nada, van á la Iglesia para que los tengan por católicos, irían á surtirse á los establecimientos de los clericales.

Créame ese amigo: no está el mal precisamente en lo que los clericales hacen, si no en lo que dejamos de hacer nosotros.—1896.

La República, venga hoy, venga mañana, ó será anticlerical, ó no será.

O libraré á España de las órdenes religiosas y del yugo de la Iglesia, ó no tendrá razón de ser, y morirá en breve.

Resuelta esta cuestión, quedarían otra porción de ellas resueltas por sí solas.

Los republicanos que no lo entiendan así, prepárense para recibir grandes disgustos.

Habíamos de aconsejarle todos al pueblo que transigiese con el clericalismo, y nada conseguimos.

Está decidido á acabar con él, y acabará en cuanto la ocasión se le presente.

¿En qué forma? No me importa, y, por lo tanto, no me cuido de averiguarlo. En la que él quiera.

En este punto soy partidario decidido de las autonomías individual, municipal, provincial y regional.—1885.

Me dice un carlista en forma apropiada á sus ideas, esto es, cerril:

«Se haría usted la tal y la cual, porque en el momento que la República se implantara, nosotros pondríamos á nombre de *otro nuestras fincas*, y cuando fuera á embargarlas la canalla republicana, se encontraría chasqueada.»

¡Qué bruto es el amigo! Una de las primeras órdenes que la República daría, si mi opinión prevaleciera, sería esta: «Desde el día de la fecha no se anotaré ni una transmisión de dominio en el registro de la propiedad, hasta que el gobierno disponga.»

Contra siete vicios hay siete virtudes. Con que á prevenirse, carlistas de buena posición. No diréis que no os aviso lealmente. Y con tiempo.—1897.

Los carlistas tienen una policía mejor organizada y servida que gobierno alguno: el clero, las órdenes religiosas y las hermanas de la caridad.

Ella busca por todos los rincones de la Península á cuantos por sus antecedentes y conducta ofrecen motivos de sospecha á la reacción; los vigila constantemente, los persigue en las sombras, los sitia por hambre; se apodera por medio del confesorio hasta de los más recónditos secretos del hogar; lleva y trae órdenes de organización y propaganda; esconde armas y municiones en los conventos é iglesias; ayuda, en fin, al carlismo con toda clase de recursos y por todos los medios.

Vigilemos, pues, á la policía carlista, convirtiéndonos cada uno de nosotros en agente secreto... de la libertad.—1897.

La plaga mayor de España son los demócratas que protegen á la Iglesia. Ellos hacen posibles todas las reacciones.

Nunca me cansaré de repetirlo. ¿Demócrata y católico? Mentira; ó se es una de las dos cosas, ó ninguna. ¿Pero ambas á la vez? Imposible. Convendrá á algunos aparentarlo, vivirán de eso; pero será una farsa indigna.

Es en lo único que estoy conforme con los neos más rabiosos.—1882.

Varias señoras tienen el proyecto de colocar á cada uno de los lados de la capilla evangélica, que en breve ha de inaugurarse en Madrid, una escuela católica.

Nada tan beneficioso como la competencia. Si ahora los protestantes ponen ot as escuelas al lado de las católicas, no sería extraño que llegaran á ponerse tabernas de ambos cultos para disputarse el público.—1893.

JOSÉ NAKENS

ANALISIS psico-ético de la fe

Conferencia dada por Pey Ordeix en Villanueva y Geltrú el 28 de Octubre de 1910.

Fué mi ánimo venir á Villanueva el pasado domingo, por la ocasión de encontrarse aquí el obispo con quien tenemos las cuentas que con el Debe y Haber heredó de sus antecesores. En Barcelona es fácil convivir dos personas opuestas en ideas sin encontrarse; no así en poblaciones como ésta, en las cuales el viento lleva al uno el aire respirado por el otro, las ondas llevan del uno al otro las palabras, y las miradas se encuentran á cada instante.

Y venía á retarle á que sostuviera la polémica que iba á presentarle: venía á probar quién de los dos bajaba la frente y apartaba la mirada; venía á probar la energía de sus convicciones y la fortaleza de sus creencias; venía, en fin, á provocar el choque entre lo que él defiende y lo que yo defiende, dispuesto á decirlos: los sacerdotes que andan recamados de oro, arrastrando carrozas, luciendo brillantes, aspirando lisonjas, altivos, erguidos, soberbios, autoritarios, dominantes, precedidos de ruidosas escoltas, buscadores de exhibiciones, lisonjeadores de ricos, despreciadores de pobres, rodeados de fariseos, ocultadores de los millones que recaudan, y publicadores del centimillo que dan, esos tales no son emisarios de Cristo, sino del Anticristo.

Eso y otras cosas venía á decirlos; pero hoy parecerían alarde de valentón y espadazo al ausente; en otro sitio nos encontraremos si no se encierra en su palacio. Y yo me prometo verle huir á mi presencia como á la de Cristo huyeron los ídolos; como á la vista de la víctima resucitada huye espantado el verdugo; porque han pasado ya para no volver los tiempos en que el dedo del obispo dictaba con una seña las órdenes de prisión contra Verdaguer; han pasado los tiempos en que la policía era instrumento de Nelos y Mementos puestos á las órdenes de los jesuitas. Han pasado para siempre; y ya no queda al clericalismo para deshacerse de sus adversarios, más que la puñalada aleosa, el *acqua Toffana* ó la bomba de dinamita. Y yo usaré de mi derecho de provocar á combate al que se dice heraldo y caudillo de la Verdad, para que responda á mis argumentos ó para que se confiese derrotado con la vergonzosa huida.

**

Nada de esto es pertinente ya y será otro nuestro asunto.

Diez años han pasado desde que os hablé por primera vez. ¡Cuánto hemos cambiado todos...! ¡Cuántos de mis oyentes de entonces habrán desaparecido! ¡Cuántos que entonces no pudieron entenderme, ahora me entenderán...!

Diez años... en que hemos sufrido mucho, en que hemos vertido muchas lágrimas, lanzado muchos suspiros, proferido muchas blasfemias. ¡Diez años...! Aquí mismo os anunciaba á vosotros cómo la Iglesia corría obcecada á su

ruina, cómo los frailes concitaban sobre ellos las iras populares, cómo la corrupción del templo fabricaba con las emanaciones de sus podredumbres, en lo alto del cielo, las llamas incendiarias de la Lógica y de la Justicia, que en todo tiempo han venido á purificar el aire de los miasmas putrefactos... Ya las profecías se inician en la realidad; ya de ese depósito de carnaza putrefacta, encerrada en los blanqueados sepulcros de templos y conventos, salieron los fuegos fatuos de la semana trágica...

Diez años pasados por la Iglesia en acumular riqueza y omnipotencia, y pasados por el pueblo en acumular dolor, fatiga y desesperación. Pasaron diez años... ¡No han sido inútiles!

Diez años más y veremos el trabajo de la Lógica...

No hablemos más de lo pasado: hablemos de lo porvenir y de lo que ya nos afecta ahora, y en particular de

El convencionalismo del lenguaje

En el uso de las palabras que vamos á usar, hemos de distinguir lo que hay en ellas de realidad y de presunción. Las palabras no son signos directos de las cosas. Son más bien signos de los conceptos que el hombre forma de las cosas en virtud de las impresiones que le causan en las pertinentes al orden físico y en virtud de las convicciones que producen las del orden lógico. Estos signos son convencionales, salvo en contados casos en que se produce con ellos lo que los retóricos llaman armonía imitativa, v. gr., la palabra *chisporroteo*, en que se reproduce al oído algo muy semejante al ruido producido directamente por el efecto que con tal palabra señalamos.

La palabra *creencia* significa un acto de convicción por el cual el individuo se persuade en su intimidad que una cosa ó una idea son en su realidad tal como se las concibe ó, si se quiere, es la sensación íntima de la certeza de la cosa y de la exactitud de la idea que de la cosa tenemos.

Estas sensaciones íntimas se forman en eso que algunos llaman alma, ó mente, ó cerebro, ó conciencia, de tres modos; ó por medio de la experiencia personal, confrontando la identidad constante de las llamadas propiedades de las cosas, y en tal caso es una creencia experimentada; ó por el trabajo mental y lógico que deduce de varias sensaciones ó ideas otra idea crítica y sintética; ó bien por la instrucción, que imbuje en el individuo las ideas ó creencias ajenas, de libros ó maestros, elaboradas en su origen primitivo por igual procedimiento.

Las creencias que son contrastables por la experiencia individual en sus elementos lógicos, constituyen la ciencia; las que no son contrastables, constituyen lo que se llama *Fe*. Esta *fe* se produce en el individuo de un modo al parecer espontáneo, y son las creencias que se forman en el espíritu, imponiéndole una actitud decidida en el juicio de una cosa, sin darse cuenta del por qué de esa actitud de creencia, lo cual procede de muchas causas del complicado trabajo lógico, y de esto no vamos á hablar hoy; ó bien se produce por sugestión ajena, es decir, por el dicho de otros, y á este orden corresponde la *fe religiosa* de que vamos á hablar.

La Fe en el niño.—Cómo se produce

¿Habéis visto sobre la mesa de billar una bola yendo de un lado para otro en un movimiento dilatado, ó la trompa dando vueltas durante largo rato? De ellas decimos que se mueven y corren, porque prescindimos de las causas exteriores del movimiento y sólo nos fijamos en el momento de moverse. Sin embargo, vosotros que sabéis que aquellos movimientos, proceden del impulso que les dió el jugador, sabéis ver y comprender que al decir que «se mueven ellas» incurrimos en cierta inexactitud, pues si bien es cierto que el golpe impulsivo acumuló dentro de ellas la energía que desarrollan en el movimiento, es también cierto que esa energía proviene del impulso del otro y que se agotará con la resistencia que ofrece el ambiente á sus movimientos. Y si nos fijamos más, observaremos que cada vuelta que da el trompo está tan íntimamente conexas con la vuelta anterior y con la siguiente, que no puede darse la segunda sin la primera, siendo ésta el impulso de aquélla. De igual modo en la dinámica psíquica encontramos una estrecha relación de causalidad, á veces única, entre el estado presente y el estado anterior, que en las materias de *fe religiosa* nos permiten hacer estas preguntas y respuestas al hombre anciano: ¿Por qué crees, anciano? Porque creí en la virilidad y en la mocedad. ¿Por qué creíste en la mocedad? Porque creí en la juventud. ¿Por qué creíste siendo joven? Porque creí siendo niño.

Hasta aquí tomamos el movimiento psíquico del individuo, aisladamente; decimos de él *creo* con la misma impropiedad con que decimos de la bola de billar «se mueve»; pero si preguntamos al niño ¿por qué crees? no puede ya decir *por que creí ayer*, pues en su conciencia no existe ese ayer que no conoció ó que no recuerda; y si le obligamos á recapacitar, verá que aquella creencia que ha movido toda su vida como fuerza ínterna que él tenía por cosa suya exclusivamente, le vino de fuera, á saber: de los padres, de los maestros, de los compañeros, es decir, del ambiente.

Razones experimentales de la Fe del niño

El niño viene á la vida humana como extranjero desmemoriado que no sabe de donde viene, como peregrino perdido que ignora donde va, y como despertando de un sueño sin saber donde se halla. No sabe nada de la tierra ni de la vida; y al abrir sus ojos y los ojos de la conciencia, observa que á su alrededor se mueven los seres, siendo él inmóvil; siente el hambre, la sed, el frío, sin saber qué son, y observa que hay seres que le entienden, que le dan ordenadamente las cosas, que le defienden de aquellos dolores y le ocasionan otros tantos placeres; y ahí se dibuja en su pequeño cerebro la imagen de los padres, seres prodigiosos, sapientísimos, potentísimos, providísimos, que le defienden del hambre, del frío, de la sed, del calor, de los enemigos todos; que hacen la luz ó la oscuridad á su alrededor, que le dan la vida *total*. Los padres son el Amor, el Bien, la Belleza, el Placer; el aire, el sol, el movimiento; son los motores del universo que giran alrededor del niño; son sus dioses. Y es

to lo experimenta con mil experiencias diarias; lo cree porque lo experimenta.

Mas cuando la conciencia del niño comienza á funcionar y él comienza á moverse, se encuentra ante el atractivo de los sentidos y ante los consejos preventivos de los padres. *No te muevas, que te vas á caer; no toques el ascua que te quemarías; no sorbas el líquido que te haría daño.* El niño comienza ya á razonar. Sus nervios le impulsan á moverse; se mueve y se cae y se lastima. Los ojos le dicen que la luz es muy hermosa y que vaya á cogerla; la coge y se quema. El apetito y la curiosidad le excitan á sorber el líquido; lo bebe y siente náuseas. Y aquí comienza el trabajo lógico como conclusión total; *mis padres lo saben todo; todo lo que dicen resulta cierto; son infalibles y onmiscientes.* Aunque mis sentidos me digan otra cosa, debo creer á aquéllos y no á éstos, pues éstos me engañan y aquéllos no. Y como quiera que cuando hago lo que ellos prohíben, *me hago daño*, y cuando hago lo que me dicen me resulta placer, *debo obedecerles.*

He aquí una poderosa razón experimental. El niño cree porque ha experimentado la ciencia del padre; y como el padre ha demostrado experimentalmente saber todo lo que se refiere á la vida simplicísima y elemental del niño, cuyos límites éste ignora, el niño cree que su padre lo sabe todo y que de todo tiene igual prueba experimental.

Razón experimental de la fe en otro mundo y en otra vida

El niño observa y experimenta por sí mismo que hay seres que aparecen delante de él y que desaparecen para volver á aparecer; y todos los sentidos le van enseñando que hay objetos que comunican los sonidos con el oído, la luz con la vista, y así de todos los otros; y que la ausencia de ellos no implica la no existencia. Es decir, sabe que además de las cosas que le impresionan directa é inmediatamente, existen otras que no ve y que no oye. Esta enseñanza es experimental. Por este lado aprende experimentalmente la sabiduría de sus padres que todo lo saben. «En la casa de al lado hay un niño» le dicen, y luego el niño comprueba que es cierto. «Detrás de aquella montaña hay un río»; el niño va y lo comprueba.

El niño sabe, pues, por experiencia, que además del mundo que él conoce, existe otro que no conoce y cuya existencia va comprobando á medida que anda y se mueve. Pero el niño que así ha experimentado la sabiduría del padre y la existencia del otro mundo desconocido, no concibe los límites del mundo ese que encuentra siempre indefinido y que supone conocido de su padre. Tampoco concibe la distancia infinita; y para él tan difícil le es creer que existe una ciudad que no ha visto, pero que puede ver, como creer en un cielo é infierno ultramundanos, que se le anuncian para ver más tarde.

De este modo va formando en su pequeño cerebro el concepto del mundo, con las impresiones recibidas experimentalmente y con las descripciones que le hace el padre con su sabiduría é infalibilidad también experimentadas. Y como quiera que en ese cerebro no existe más mundo que el que ha penetrado en él por esta doble vía de los sentidos y de la instrucción, concebido

al modo del niño, resulta que este niño educado por padres piadosos, piensa más en el cielo é infierno que en la tierra; conoce mejor la geografía del otro mundo que la de este, y sabe más de la fauna y flora infernales y de la etnología celestial, que de lo de su propia casa, y los ángeles y demonios le son más familiares que los niños de la casa contigua. Experimentalmente conoce que existen dos mundos, el conocido, y el desconocido para él, pero que otros conocen.

La Fe en otra vida

El niño vive, sufre, goza, es decir, vive, y siente que vive y sabe que vive.

A medida que va creciendo se siente evolucionar, y ve y observa que sigue las leyes evolutivas de otros, y que después de él vienen otros niños siguiendo la misma ley. Ve nacer los animalitos y las plantas y los ve morir; los más viejos le cuentan que también ellos fueron niños y que también nacieron y que vivieron muchos años antes de que naciera el hijo. He aquí una conclusión experimental-lógica; la existencia de un tiempo anterior al suyo.

De igual modo observa que mueren los mayores y los otros niños, que desaparecen y dejan de existir ellos, continuando él viviendo; y cuando llega á adquirir la conciencia de que también él morirá y otros seres continuarán viviendo, forma el concepto lógico experimental de la vida futura.

He aquí concebidas ya las nociones de dos tiempos: uno conocido como finito por él, por su propia vida, y otro indefinido, íntimamente enlazado con el suyo. La realidad de este otro tiempo pasado se lo comprueba experimentalmente la Lógica observadora; ve que los árboles pequeños se hacen grandes, y ve que hay árboles grandes que siempre fueren grandes para su tiempo y que, sin embargo, hubieron de ser pequeños en otro tiempo. Este tiempo indefinido, mayor que el suyo, que comprende y define el suyo, le dicen que carece de límites, al igual que el espacio. He aquí las nociones de *infinitud y de eternidad*, convencionalmente así llamadas y en las cuales el niño cree como cree en la Historia y como cree en los hechos históricos por él comprobados.

Definición de lo indefinido

Formadas por la experiencia directa y por la lógica experimental estos conceptos de tiempo y espacio indefinido, entra en acción nuevamente aquella creencia en la autoridad infalible del padre; á la curiosidad del niño sobre esos conceptos indefinidos, el padre responde definiéndolos como infinitos y certificando al niño la seguridad y certeza de esta infinitud.

Tardíamente el niño puede llegar á preocuparse de estas cuestiones capitales; y así es que cuando llega á la discreción necesaria para estas cavilaciones, ha adquirido ya el hábito de creer al padre, formado sobre las experiencias anotadas; este hábito es el llamado hábito de la fe.

Razón experimental del hábito de la Fe

En el trabajo lógico, como en todos los trabajos instintivos, podemos observar un gran instinto económico, ahorrativo del trabajo, acumulador de

energías y sintetizador de fuerzas. En el trabajo lógico observamos esto: en los fenómenos discursivos la mente procura condensar en una sola frase ó idea general, todo el número de ideas constitutivas del discurso, reduciéndolas á una conclusión teórica y práctica, que el esfuerzo p-igüico trata de fijar bien en la memoria con preferencia á las demás ideas secundarias. Ejemplos de estas síntesis son las máximas, refranes y sentencias. Estos conceptos sintéticos así grabados en la memoria, suele ocurrir que son recordados aisladamente, sin recordarse las otras ideas que las originaron, y entonces ofrecen el carácter de creencias cuya razón no se ve; pero cuando proceden de un discurso personal, puede quedar en la conciencia una cierta memoria del hecho de haber visto las razones que las; esto es, recordamos el qué, sin recordar el por qué.

De este modo vemos que se forma también una disposición á creer y á tener por cierto lo que en aquel momento no se ve, pero que se sabe haber visto. Es la fe en sí mismo, es decir, del Yo presente en el Yo pasado.

Fe natural

Acabamos de ver cómo el acto de fe se produce naturalmente en el individuo, y cómo de la repetición de actos se engendra el hábito, ó sea la disposición de creer con facilidad creciente.

Esta fe natural es un instinto lógico y no se opone en nada á la ciencia, y en ciertos casos coadyuva á ella y al progreso. Ciertamente si el alumno hubiese de creer solamente aquello que su razón y experiencia alcanza, y si el artífice hubiese de comprobar experimentalmente las reglas y principios de las artes científicas, se pasaría la vida del individuo en los estudios elementales, analítico y teóricos sin poder progresar apenas, ya que todos los individuos en cada generación habían de verificar el mismo trabajo. El soldado ignora las leyes de la trayectoria; pero el aparato de mira adosado al cañón del fusil le enseña á hacer blanco á distintas distancias, y aunque ignore teóricamente las ondulaciones balísticas, prácticamente acierta el blanco, que es su objeto. Su razón poco ilustrada le dice que con esa mira, el fusil gira alrededor del sol, aun diciéndole lo contrario la vista. Ignora las razones; no se lo dice la razón, sino la fe en la honradez del maestro y del libro.

Esta fe del alumno en el maestro, es la hipótesis ó presunción que el niño ha adquirido de que el maestro ha experimentado y comprobado por sí, aquello que afirma bajo su palabra y honradez.

Fe eclesiástica

Y ved ahí el conflicto de esta fe con la fe eclesiástica, que manda al padre y al maestro afirmar y jurar al niño ser cierto y saber que es cierto lo que la Iglesia enseña.

Y aquí debemos estudiar esta conducta de la Iglesia, en relación con la enseñanza, y en relación con el enseñado.

Con respecto al padre y al maestro, esta fe constituye una prostitución de la conciencia docente, por medio de la coacción, forzándoles á cometer un acto de simulación y de mentira, sostenien-

do seriamente ante el niño que ellos saben lo que enseñan, y que lo saben con certeza.

Ved ahí impuesto como mandato la *mentira* y el *engaño*, que son el gran crimen filosófico.

Pero este crimen contra la conciencia del maestro queda agravado en el grado supremo de malicia, por ir encaminado directamente á engañar y falsear la conciencia del niño indefenso y colocado bajo la tutela de los que le educan. Si hablásemos en lenguaje jurídico-penal, hallaríamos aquí una serie de crímenes y de circunstancias criminales en el origen, en el medio y en el fin.

Con respecto al individuo enseñado, debemos observar que la Iglesia garantiza al niño la certeza de sus doctrinas como perfectamente comprobadas por ella.

Analicemos ahora la certeza eclesiástica tal y como la Iglesia la explica.

Lo que hace con el niño de hoy hizo con el niño de ayer desde hace muchos siglos. Y si recordáis ahora lo que hemos dicho al principio, á saber, que el *hombre cree* de hombre y de viejo porque creyó de niño, tendremos que la fe popular eclesiástica es simplemente pueril; es la fe que enseñó la madre y el padre; la fe que se vió practicar á los mayores, los cuales la profesaban por la misma razón infantil; es la fe ó la creencia que el niño aceptó y que el joven no analizó y que el hombre no discutió, sino que fué practicándola y profesándola por haberla profesado antes, y conservada por medios también inmorales, tanto en el individuo como en la sociedad.

Falsos argumentos de la Fe

Hemos visto los argumentos de aceptabilidad natural de la fe por parte del niño, y acabamos de ver que la fe popular no es más que esa fe infantil propagada en la sociedad. Veamos ahora cómo se conserva y arraiga artificialmente, además de aquel modo de desarrollarse por la fuerza del hábito.

Frecuentemente verificase que el niño duda de la fe y se hace rehacio á creerla y practicarla. Entonces el padre y el maestro le fuerzan á ello por el castigo. Si no cree es encerrado en la obscuridad, sufre la severidad de los padres, no juega, se ve privado de las caricias y del amor. En tal caso, la fe para él, contiene el juego, el amor y alegría de la familia, la luz, la bebida, la comida y la libertad, es decir, la vida toda infantil. Resistirse á creer equivale á resistirse á vivir la alegre vida del niño. Aunque su pequeña razón haga surgir la duda, el instinto vital, las necesidades y las pasiones todas, le convencen y le arrastran á creer.

El niño se hace joven; cambian sus pasiones y entonces cambian los argumentos de la Iglesia docente.

El joven quizás dude; pero la Iglesia social le fuerza á creer atacando sus pasiones y necesidades juveniles. Si no cree, será anquilado en su carrera, será rechazado de la sociedad, será repudiado del amor, será fracasado en su trabajo. Al impulso interior que lleva la fe del niño súmanse estas otras fuerzas exteriores. Resistirse á creer es resistirse á progresar, condenarse á la miseria, atarse á la misantropía, someterse á la esterilidad. Si la razón lógica le

tienta á la duda, el instinto le aprisiona en la fe, que para él es entonces la *novia*, la fortuna, el progreso, la independencia, la vida toda social.

Y atraviesa la época de la juventud, llega á hombre y á la capacidad discursiva. Acaso ya no sólo duda, sino que siente la falsedad lógica de la fe y la maldad de los argumentos; pero entonces, á la fuerza interior impulsiva del niño y del joven, la Iglesia-Estado le encierra dentro de la fe y le amenaza con la excomunión difamadora, con el odio de la esposa é hijos creyentes, con la persecución sangrienta, con la confiscación y con la muerte en la hoguera si manda la Inquisición, ó en el foso de Montjuich si manda el jesuitismo. Y entonces se produce la *fe mecánica*, profesada exteriormente y detestada interiormente, y surge el estado de conciencia general en las naciones católicas de sus *socialmente devotos* ó individualmente blasfemos y sacrílegos.

Inmoralidad lógica de esta fe

Recapitulando lo dicho, veremos que en el niño forman la fe, la ignorancia, credulidad y confianza por su parte, y por parte de maestros el abuso de esta confianza, el engaño y la simulación. Contra la duda que la lógica hace surgir, la Iglesia cohibe al niño, al joven y al hombre á creer, por argumentos violentos, extraños totalmente á la naturaleza racional lógica que busca la verdad con preterición de su utilidad ó conveniencia, y excita contra la lógica y contra la razón consciente, las pasiones y necesidades individuales y sociales, sofocando, encadenando y matando la facultad investigadora, fuente de toda ciencia. En el niño, la creencia deja de ser un acto de razón, para ser un acto de credulidad engañada y un fruto de la maldad magistral. En el sujeto consciente, es un acto anti racional, para ser un acto mercantil y de tráfico social.

Industrialismo de la Fe

Hasta aquí hemos examinado la fe en el individuo enseñado; ahora la examinaremos en la Iglesia docente. Esta se compone del clero, del periodista y del catequista.

Algunos de ellos son inconscientes; creen porque carecen del sentido lógico analítico, es decir, del sentido crítico; no tienen criterio ni discreción; pertenecen sólo á medias á la humanidad; ellos no creen propiamente; son autómatas que padecen la sordera y ceguera lógicas, equiparables á la ceguera y sordera psíquica. Son cerebros defectuosos; no han dudado jamás porque son incapaces de dudar y carecen de la facultad de dudar y de discernir.

Pero otros tienen algún grado de conciencia y han llegado á dudar. Esta clase se subdivide en tres ramos: el que duda y se empeña en no dudar, como lo hacía Balmes y como les pasa generalmente á los talentos, alejando de la atención las verdades fundamento de la duda, y rebuscando pretextos y sofismas para creer y poder predicar la fe; el que llega á convencerse de la falsedad de la doctrina, pero por miedo á la Iglesia la profesa pasivamente para librarse de sus iras; y por fin, el que conoce la falsedad, y la sostiene á sabiendas por especulación.

Esto último es lo general en las altas

esferas eclesiásticas; cardenales, obispos, abades y ruidosos propagandistas.

Para todos ellos, podemos observar que la fe de los demás, es un negocio para ellos, y la convierten en materia industrial.

Esta es la fase actual eclesiástica; la industria y explotación de la fe ajena. Si *los otros* no creen, el papa pierde sus palacios, sus millones, su poder diplomático y el señor Sarto pasa á ser un ciudadano inútil para todo oficio y profesión, y que habría de acudir al oficio de pordiosero ó de asilado, bajo las órdenes y cuidado de alguna Hermana Sor Fregona. Lo mismo ocurre al cardenal, al obispo, al fraile y al cura en su esfera respectiva.

La diferencia entre éstos y los anteriores, está en que unos practican la fe por miedo á las iras de los *industriales*; y éstos la predicán como oficio industrial, á estilo de mercader gitano que miente procazmente con tal de explotar el candor del comprador; con moralidad de charlatán que ensalza las virtudes de sus específicos inútiles ó dañosos sabiendo que van á dañar la salud y vida del *creyente* y que la codicia infame les ciega para ver sólo su ganancia efímera y no ver el estrago que con ella causan al comprador.

¿Qué diremos de esta industria? Que reúne las infamias de todas las industrias inmorales de la falsificación, de la estafa, del expendedor de mercaderías averiadas y del envenenador industrial.

He dicho.

Me tengo de ir á vivir
onde no se encuentre un cura
ni buscao con candil.

Libertad y Progreso en un templo católico

«Como último toque á nuestra pequeña crónica, daremos nota de los comentarios que despertaron en público los letreros que ostentaban las torres de la Catedral, esto es, en la derecha «LIBERTAD 1810» y en la izquierda, «PROGRESO 1910».

—¿Qué significará eso?

—¡Ah!, pues significa, contestó un tercero: «que en 1810 había LIBERTAD y no había PROGRESO y que en 1910 HAY PROGRESO, pero la LIBERTAD no existe.»

No eniendas por las precedentes líneas, amigo lector de EL MOTIN, que voy á referirme en estas mías á «que en todas partes cuecen habas», y en el régimen republicano, como es el de este país, pueda haber también en carencia de libertad; antepongo esos párrafos únicamente para dar legitimidad al asunto con que quiero ocupar tu atención un momento; porque es tan raro el caso, y tanta la fama de América como inventora de *canards*, que he de evitar el que tomes por uno de ellos esta noticia.

Hay en la plaza principal de esta capital una hermosísima catedral, obra de arte monumental netamente español; tiene su frente dos elegantes torres que todos los años, en las fiestas para celebrar la independencia, se iluminan

con lámparas eléctricas como los principales edificios públicos, siendo siempre la que más luce.

Este año, al que corresponde el centenario del grito de independencia conseguida once años después, ha habido verdadero derroche de luz, y en las torres y el cimborio de la catedral se ha hecho una instalación espléndida, lujosa, derrochadora, y, por cuenta del Estado, naturalmente; miles de bombillas de bastante potencia, colocadas con sumo acierto, formando dibujos rectilíneos, cuajaban profusamente todas las aristas de las torres; y cuando ya de noche, éstas, formadas de luz, presentaban toda su mucha gallardía antepuestas al fondo negro del cielo, el efecto á la vista resultaba maravilloso, como detalle de cuento fantástico que nos hablara de hadas bellas y poderosas y de duendecillos amables faceadores de milagros.

Y en medio de cada torre, destacándose sobre el conjunto de luz, formadas con letras tamañas cual gigantes, dos palabras hermosas y resplandecientes de significado, como resplandecía la luz que las formaba, palabras hiperbólicas por lo mucho que encierran, y hermanas gemelas: LIBERTAD Y PROGRESO.

¿Disculpas ahora, amigo lector de EL MOTIN, mis precauciones para hacer el relato? ¿En la casa de Jehová, dios de la guerra y de la peste y de las iracundas venganzas, con representación legal en Roma, la palabra LIBERTAD? ¿En un templo, y templo católico, centro de negación de toda idea, símbolo de la tradición y de lo retrógrado, la palabra PROGRESO?... ¿Sabes de absurdo mayor y de ironía más grande?

¡Libertad en la iglesia cimentada en dogmas! ¡Progreso en la doctrina que tiene por texto el catecismo del padre Ripalda!...

Es asunto para llenar muchas cuartillas repasando á la ligera la historia de la religión católica que, desgraciadamente, conozco; pero basta con traer á nuestra memoria cualquiera de sus páginas, para reírnos de la ocurrencia peregrina.

Pudiera argumentarme D. Dalmacio que la ocurrencia no es del cabildo, sino de las circunstancias que la exigen; que esa iluminación es cosa exclusivamente del Estado, para mayor esplendor de la fiesta nacional que se celebra. Aceptemos la disculpa como disculpa; pero si esa fiesta hubiera exigido también un signo mahometano, ó budista, ó simplemente protestante, al verlo el clero en la fachada de su tienda, ¿no pondría el gruñido en el cielo?

Pues resulta el mismo caso; y digo casi, por ser menos absurdo todavía el ejemplo, puesto que el acto realizado es casi el mismo caso por que el Nuevo Testamento repele al Korán, y al libro sagrado de los chinos (de cuyo nombre no puedo acordarme y á la misma Biblia... ¡Caramba, y qué Dios se hace uno tratando de religiones!... pero valga el razonamiento, aparte de que las nombradas repelen igualmente al progreso y á la libertad).

Mirando las dos palabras formadas con letras tamañas cual gigantes, únicas soberanas del mundo de nuestros nietos, yo refa, acostumbreado, como lo estoy ya, á las escenas de la interminable comedia representada por la huma-

nidad, incluyendo benévolo en esta también á los clérigos; pero si hubiera tenido oportunidad de reunir en abigarrado y pintoresco grupo, sin igual para la caricatura, al arzobispo y á los canónigos y á los deanes y á los párrocos y á los capellanes y á los sacristanes y hasta al campanero mayor, á todo ese ejército hampón que engorda en las tinieblas, le habría gritado cuando todo él pudiera oírme: ¿Libertad y Progreso en vuestra casa?... ¡Renegados!... ¡Renegados!...

MANUEL VINUESA

México. Septiembre 1910.

¿Amariya y con ojeras?
No le preguntes que tiene;
que er cura duerme con eya.

Consejo de amigo

Mi suerte me ha valido. Si estoy en Tabernes de Valdigna el día que el parroquidermo se ocupó en el púlpito de las *Hojitas piadosas*, me come vivo y coleando.

¿Cómo me puso el representante de Dios! Los demonios del infierno eran unos ángeles comparados conmigo.

No te sofoques, hermoso, y disfruta de la vida como hasta ahora, preparando cariñosamente y á solas para la del convento á las *jovencitas que te reclute* la tía comesantos, esposa del tío Salvador.

Compra finquitas con el producto de los sacramentos que deben administrarse gratis: la pobreza tiene mala cara, y hay que ser rico sin reparar en medios. Y si no, recuerda cómo estabas hace seis ó siete años cuando llegaste á ese pueblo desde Bellruet; parecías por lo flaco y mal fuchado un burro tísico y sarnoso; mientras hoy puedes apostárselas en lo atocinado á un compañero de San Antón.

Con que lo dicho; á vivir, sin meterte en libros de caballería.

Y mientras no se acaben las codornices sencillas y creyentes, á desplumarlas.

No me acuerdo si te quise,
lo que m' acuerdo es que al cura
un sobrinito le diste.

REMITIDO

Sr. D. José Nakens.

Muy señor mío: Para que la opinión pública conozca la clase de genios que alberga en su seno la orden de los *berrendos escolapios*, y como modelo en su género de literatura frailesca, incluyo á usted un ejemplar de la alocución distribuída profusamente en esta villa el día 13 del actual. Conviene hacer constar que el firmante, P. Felipe Estévez, pasa por una de las legítimas glorias de la orden, por su talento y sabiduría, y esto excusa decir cómo serán las medianías y nulidades:

Vecinos é hijos de Getafe

Por respeto y en memoria de vuestros seres queridos, que yacen en el sepulcro, y por amor á la Virgen de los Angeles, á quien despreciaréis si no escucháis mi petición, os

ruego asistáis á la Parroquia de la Magdalena hoy 13 á las seis de la tarde.

Vuestro convecino, que os ama de todo corazón y vela por vuestro honor,

FELIPE ESTÉVEZ
(De las Escuelas Pías.)

¡Vaya un documento! Un sacristán de aldea no lo habría firmado.

En el sermón que espetó el citado día, estuvo á igual altura. Entre otras cosas, dijo: «que si los vecinos de Getafe no iban el domingo en peregrinación al Cerro de los Angeles, se inundaría el pueblo, pereciendo todo bicho viviente; que no tenía vergüenza la mujer que no obligara á su marido á acompañarla á la peregrinación», y otros exabruptos por el estilo, que causaron la constante hilaridad de los oyentes.

También puso á los hombres de aquí como no digan beatas; pero ya sabía el muy... fraile lo que se hacía; no había ni un hombre en el templo.

Asimismo dirigió flechazos á las autoridades que no se prestaron á secundar sus planes, por lo cual merecen todo aplauso.

Y ahora vamos á otra cosa:

¿Es posible que aún haya padres que envíen á educar sus hijos á esos Bancos hipotecarios de la dignidad y la conciencia humana, llamadas vulgarmente Escuelas Pías, donde hay profesores tan estultos? ¿Qué enseñanza pueden dar esos que demuestran la más supina ignorancia en lo más elemental, como es la gramática, la sindéresis y el sentido común?

F. A.

Getafe.

Arrímate á mi queré,
como se arriman los curas
á donde huelen parné.

Las Prisiones en los Estados Unidos

Al Congreso penitenciario celebrado en Washington han asistido delegados de los diversos Estados de Europa.

Cuantos han asistido al Congreso vuelven estupefactos, admirados de cuanto han visto en las prisiones de la gran República de la América del Norte.

Es tan extraordinario lo que han visto en las penitenciarías los delegados de Europa, que toda alabanza la estiman pálida ante la realidad.

En los Estados Unidos se estima necesario castigar á los detenidos, pero así mismo regenerarles, curándoles sus defectos.

Partiendo de este principio, los americanos han multiplicado las prisiones modelos, gastando mucho dinero.

Hay prisiones que cuestan quince millones de francos.

El director de los servicios penitenciarios de Francia, Mr. Schkrameck, que ha asistido al Congreso de Washington hablando de las prisiones de los Estados Unidos ha dicho:

«Los prisioneros en los Estados Unidos están mejor alojados y alimentados que la población trabajadora de Francia. Comen tres veces al día y en cada comida hay ración de carne. Después de la comida toman café, fuman y leen periódicos.

En los Estados Unidos—país libre—

se estima que la privación de libertad es suficiente pena.

Se ha dicho que en América se castiga con latigazos á los prisioneros; pero lo cierto es que no hemos visto ninguna prisión en la que hubiera castigos corporales. La ley prohíbe pegar á un ciudadano americano. Aunque prisionero, el americano continúa siendo ciudadano.

En los Estados Unidos el prisionero debe conservar el sentimiento de su dignidad; no se le corta el pelo como en Francia, ni se le obliga á vestir traje de disciplinario, para que conserve el sentimiento de su individualidad, de su personalidad.

Los prisioneros americanos van á la escuela. Durante su encarcelamiento se les enseña á leer y á escribir, se les dan lecciones de moral y se les hace aprender un oficio. Cuando recobran la libertad reciben un viático de 25 francos para que puedan atender á sus necesidades.

En la mayoría de las prisiones se hace lo imposible para que los prisioneros se corrijan, y para conseguirlo se atiende tanto á su curación material como á su curación moral. Los prisioneros tienen á su disposición aparatos gimnásticos y campos de football, organizándose fiestas gimnásticas y conciertos. Se considera á los encarcelados como enfermos á los que se ha de curar.

Desde este punto de vista es curioso lo que ocurría en las prisiones del Estado de Indiana: considerándose á los condenados como degenerados, se estimaba que no debían tener hijos y se les hacía sufrir una operación para que no pudieran reproducirse. Hoy esta operación ya no se hace sufrir más que á los condenados que la aceptan.

Los tribunales aplican con frecuencia la pena, fijando una duración indeterminada. Los jueces fijan un mínimo y un máximo, condenando de uno á catorce años de cárcel. Si el condenado se porta bien, se le pone en libertad al cabo de quince ó veinte meses.

En los Estados Unidos se considera el presidio como una abominación. En el Congreso, todos los representantes de los países civilizados, excepto Francia y Rusia, han protestado contra la existencia de los presidios franceses y rusos, estimando que el presidio es uno de los últimos vestigios de la barbarie antigua.

Entre la hija y la mare
tienen ar cura der pueblo
lo mesmito que un alambre.

Premio merecido

Una beata millonaria se puso al frente de una Congregación creada por los jesuitas en Villaluenga del Rosario, costeando las imágenes de los Sagrados Corazones.

Al salir una mañana de oír misa, se perniquebró en el atrio de la iglesia, y no pudo, por lo tanto, asistir á la bendición de las imágenes que había comprado.

El cura dijo en el sermón, que aquel accidente no era castigo del cielo, sino

más bien un premio, casi un milagro, puesto que la rotura de la pata le permitía á la señora dadivosa tener allí su corazón todo entero.

Y yo quedo rogando al Altísimo que premie de ese modo á todas las beatas y beatos, para que medren los que se dedican á hacer muletas y no les falte trabajo á los veterinarios.

Er queré quita er sentio;
pero er queré á un curiaua
quita er pesqui y er borsiyo.

Carta abierta

Al primer representante de Dios en Rentería, D. Francisco M.^a Ayestarán.

Simpático vicario: Con honda, con verdadera amargura tomo la pluma para dedicarte esta epístola que, si no es de San Pablo precisamente, es más verdad que el mismo Evangelio.

Yo creía, querido pastor de almas, en tu bondad, en tu mansedumbre, en tu templanza. Si, sí, buena mansedumbre me dé Dios. Por eso al verte la noche del 27, cuando aquello del tiro, decir al grupo pacífico que acudió al escándalo:

«Esto es infeco; aquí caerán cuatro ó cinco ó seis, los que sean precisos,» se me cayó el alma á los pies al ver al primer representante de Dios en Rentería en tal estado de ira y furor, que parecía el demonio en persona.

¡Qué horror! dije, y me tapé la cara con las manos. ¿Y todo por qué? Porque un chiquillo travieso se entretenía en tocar la aldaba de tu puerta. Parece mentira que el Espíritu Santo, con quien debes de tener tanta confianza, no iluminase tu entendimiento y el de tu angelical hermanito y os hiciese ver la pequeñísima causa del monumental escándalo que armásteis.

Pero con extrañarme esto muchísimo, me extraña más que vosotros, los enviados de Dios que predicáis el amor, la caridad, déis espectáculos tan lamentables como ese de practicar las máximas de Jesucristo á perdigonadas. ¡Válgame el cielo, y como se reirán esos pícaros liberalotes que hablan siempre pestes de vosotros?

Por eso me extrañó tanto, por eso, mi queridísimo curita; pues yo te tenía por una malva desde aquel día que te dejaste insultar en la sacristía por aquellas fregonas bizcarras hijas de María, que fueron á tomarte el escaso pelo que aún conservas.

Pero ahora caigo en la cuenta de lo que os pasó á tu buen hermano y á ti. Como leéis en la prensa que allá en Portugal hubo hace poco una revolución, creísteis esa noche que se había armado la gorda en Rentería y que los impíos iban ya á prender fuego á la iglesia, y asustados acordásteis disparar sobre las hordas del infierno que intentarían saquear el templo del Señor.

¡Vaya un miedo que pasásteis! Cuando no se tiene la conciencia limpia, siempre suele pasar lo mismo.

Adiós, ángeles míos; que se os pase el susto, y á comprar pólvora y balas para cuando llegue la nuestra, que según las señales, no debe tardar. Entretanto, yo os prometo no volver á pasar por de-

lante de vuestra casa después de anocheado, no por nada, sino porque aún me quedan algunos años de vida y no quiero perderlos sin tener el gusto de escribir á los representantes de Dios algunas cartitas como la que acabas de leer.

UN LIBERAL RENTERIANO

Rentería 30 Octubre 910

P. D. Se me olvidaba darte mi más sentido pésame, porque el chiquillo autor de la broma es hijo de un carlista. ¡Como está el mundo! Si los hijos de los carlistas hacen eso ¿qué no harán los hijos de los de la cáscara amarga? Mal os veo, gente negra.

Parodiemos á Jesús: «Vuestro reino no es ya de este mundo.»

Qué grande es la pena mía;
el obispo me repiende
y ayer se fué mi sobrina.

Mujer en un convento

La condesa de Kluziuska, casada, tenía un amante, el que mató en duelo al marido, retirándose después al convento de Sotowestlíkbes, muy venerado en Rusia.

No pudiendo ella vivir sin él, se las ingenió para ingresar en el mismo convento, donde vivió 18 años bajo el falso nombre de Arsenio.

¡Buena vidita se darían los picaruelos, si algunos otros frailes no cayeron en la cuenta y se llamaron á la parte!

Porque en este caso, el pobre amante estaría siempre hecho un Oteló, rabian-do de celos.

La verdad es que por unas causas ó por otras, ocurre cada cosaza en los conventos...

Bibliografía

Almanaque Hispano Americano para 1911.—Acaba de publicar la casa Maucci de Barcelona este lujoso *Almanaque* que contiene cuentos, poesías y artículos de los más ilustres escritores españoles y americanos, además de amenas informaciones del año sobre sucesos europeos, aeroplanos y dirigibles, la coronación de Rueda, los centenarios de la Argentina, Méjico y las demás repúblicas de América, el terremoto de Cartago, los últimos inventos de Edison, versos de Navidad, etc., etc., intercalando entre tan notables trabajos los chascarrillos, anécdotas y cantares propios de esta clase de publicaciones.

Publica los retratos de todos los presidentes de América é ilustran en conjunto el libro 135 grabados; lleva una preciosa cubierta al cromo y se vende en todas las librerías al precio de una peseta.

Crónica de la Guerra de Africa.—Hemos recibido los cuadernos 41 y 42, en los que se relatan las operaciones realizadas en los territorios de la orilla derecha del Muluya, por la columna mandada por el coronel Larrea y la brigada del general Aguilera; varios incidentes de la campaña, combate del día 5 de Agosto, destrucción de Lehedara, etcétera.

El texto está ilustrado con profusión de fotografías, representando escenas de la campaña, y una lámina. Regreso al Hipódromo de fuerzas que han escoltado un convoy.

Los pedidos pueden hacerse en las librerías, centros de suscripciones ó al editor Alberto Martín, Consejo de Ciento, 140, Barcelona.

(FOLLETÓN 74.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

FOR
OFFENBACH

soberanas del mundo (Isabel la Católica), al más glorioso conquistador que nunca ha habido (Hernán Cortés). ¿Cómo se explica, en efecto, que España haya producido media docena de personalidades dignas, cada una en su empeño, de figurar al frente del género humano, y todo lo demás se haya quedado tan á la zaga, y ahora ya no se vea por ningún lado más que vulgares vulgaridades y medianas medianías? Pues he aquí la explicación; no hay otra.

Si; el secreto de nuestras grandezas, decadencias y vicisitudes nacionales, está y ha estado siempre, en la combinación y juego de los elementos constitutivos de nuestra nacionalidad; combinación y juego que son fáciles de comprender si, valiéndonos de un símil fisiológico, suponemos que el pueblo español tiene una organización nerviosa análoga á la del individuo, esto es, provista de un centro cerebral, el elemento godo, y otro espinal, el elemento ibero.

Sabido es, en efecto, por lo que toca al individuo, que en el estado normal, en la natural relación y jerarquía de ambos centros, es el cerebral el que ha de tener el predominio. Cuando así ha sucedido entre nosotros, hemos prosperado y nos hemos engrandecido. Pero, al contrario, cuando se invierte ese orden natural de jerarquía y relación, cuando se establece el predominio de la médula sobre el cerebro, que es, como si dijéramos, del elemento ibero sobre el godo, entonces todo se perturba y se trastorna, y vamos al abismo. He aquí cómo la anatomía y fisiología del sistema nervioso nacional vienen á darnos hecha la psicología del pueblo español; y que unos cuantos españoles hayan sobresalido en la extraordinaria medida antes indicada, lo explica muy bien la circunstancia de que cabalmente, de todos los bárbaros que cayeron sobre el imperio romano, los que valían más eran los godos. Y cómo, si no hubiese sido por los iberos, sería hoy la útima ó una de las últimas monarquías europeas el mismo país en que vinieron á establecerse y se estable-

cieron los más aventajados invasores de aquel imperio.

CAPÍTULO XLII

DE CÓMO HISTORIA É HISTERIA DE LA MONARQUÍA HISPANA PUDIERAN SER LA MISMA COSA.

No vaya el lector alemán á hacerse ibero, esto, es, á tomar en absoluto las reglas generales, en lo que se refiere al craneo estrecho, ni al ojo negro, ó, sea mejor dicho, al tipo físico. No. Ni tampoco vaya á deducir que para nuestro sabio amigo, el periodista español, no hay individualidad ibera que pueda sobresalir, ni que pueda descollar. Por el pronto, en lo que toca al tipo físico, hay que tener en cuenta que, por lo mismo que la monarquía española ha sido siempre proteccionista, más aun, prohibicionista por el Norte y librecambista por el Sur, hay en ella no pocos ejemplares de una raza rubia que *in illo tempore* se metió por el Estrecho de Gibraltar en España, la misma, precisamente, que ha dejado bien marcado el rastro en toda la parte septentrional de África. Así, una vez que en el Congreso nos señalaba Zaratrusta los diputados más conocidos, llegó á uno del que nos dijo:

— Aquel rubiote y blancote, de pelo algo rizo, que ve usted en los bancos de la extrema izquierda, es, al parecer, el más feroz de los republicanos. Nosotros, los periodistas, le llamamos, «Cataclismo». Hemos perdido ya la cuenta de los puentes de ferrocarril que ha dicho que iba á volar con dinamita, porque las compañías no los reparan ó no los quitan á gusto de él, y por los cuales siguen deslizándose los trenes como siempre; y también son incontables los ministros á quienes iba, con sus discursos, á hacer polvo, y que han continuado sin novedad en el banco azul. Es un maldiciente para quien, de todos los monárquicos y de casi todos los republicanos, el que no es ladrón es asesino; de modo que cualquiera lo creería poseído de la «monomanía del vituperio.» Pero ¿quiere usted saber de que es de lo que está poseído en realidad? Pues lo está de un utilitario instinto de conservación que, bajo apariencias terroríficas, lo coloca en el grupo menos temible, y también el más numeroso de la Cámara, el de los «cucos» ó, por otro nombre, «vivos», que, sin saber, ni ilustración ni ningún otro mérito sólido, atentos solamente á su medro personal ó propia conveniencia, son

los que con menos disculpa más explotan y desacreditan la política. Es el tipo perfecto del ibero, esto es, del aborigen, inteligente, ignorante y egoísta; pues, aun cuando por su aspecto se le podría tomar por paisano de usted, por alemán ó cosa así, es de una raza particular de que hay en Andalucía muchos ejemplares, como los hay, según usted sabe, en Marruecos y otras partes del África mediterránea.» Esto nos dijo entonces Zaratrusta. Y lo mismo que hay iberos blancos y rubios, y de ojos azules, hay godos morenos y de ojos negros.

Por lo demás, ha habido y hay iberos puros que han sobresalido y pueden sobresalir hasta entre los mismos godos; iberos que teniendo en el fondo los caracteres y defectos de su raza, poseen, sin embargo, calidades, por decirlo así, redentoras. Tal nos parece á nosotros que fué Pizarro. Ignorante, pero inteligente; tan cruel, como valeroso; egoísta y ambicioso, pero de grandes aptitudes constructivas, de mucho don de mando, de facultades propias para fundar imperios con aquella mezcla de violencia y habilidad que han sido empleadas antiguamente á ese propósito.

De todas maneras, la impresión que deja en el ánimo del viajero estudioso el modo de ser de la monarquía hispana, cabe dentro del concepto psicofisiológico trazado por Zaratrusta, pues no debe caber duda de que padece de un gran desarreglo, de un gran desequilibrio nervioso. Y aun se nos antoja que esta irregularidad ha llegado á adquirir determinado y conocido carácter patológico. Nosotros, cuando menos, la verdad sea dicha, no nos explicamos allí muchas cosas como no se nos permita atribuir las á la histeria, esto es, á aquella dolencia á la que empezó á perderse la pista cuando Charles Lepois advirtió que el sitio de ella no era el útero, donde hasta entonces había estado puesta desde Hipócrates, ó, cual si dijéramos, desde Adán y Eva, porque á tanto equivale decir en medicina «desde Hipócrates.» Desalojada, al fin, del útero, y de otros lugares inmediatos, órganos igualmente femeninos, donde luego se le diera asiento, la histeria, que era exclusivamente una dolencia de mujeres, hoy es también padecida de los hombres. Era una enfermedad de lesión material y conocida, y ahora figura con preeminencia en las «neu-